

SERVIDORES DEL REINO

**“Formando una identidad de Reino
en los servidores de la Iglesia local”**



OSVALDO REBOLLEDA

SERVIDORES DEL REINO

**“Formando una identidad de Reino
en los servidores de la Iglesia local”**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El privilegio de servir.....	10
Capítulo dos:	
Jesucristo el siervo perfecto.....	18
Capítulo tres:	
La identidad del servidor del Reino.....	26
Capítulo cuatro:	
El llamado antes que el cargo.....	33
Capítulo cinco:	
Humildad: La esencia de todo servicio.....	40
Capítulo seis:	
Fidelidad: el requisito de todo servidor.....	48
Capítulo siete:	
Integridad: cuando la vida sostiene el servicio.....	55
Capítulo ocho:	
La honra: Es cultura de Reino.....	63
Capítulo nueve:	
La sujeción: Cooperando con el orden del Reino.....	71

Capítulo diez:	
Responsabilidad: fieles ante lo que Dios nos confía.....	79
Capítulo once:	
Trabajo en equipo: un solo cuerpo.....	86
Capítulo doce:	
La comunicación que edifica el cuerpo.....	94
Capítulo trece:	
Los conflictos: preservando la unidad.....	102
Capítulo catorce:	
La confidencialidad: administrando la confianza.....	110
Capítulo quince:	
Cuidando el corazón, servidores pastoreados.....	118
Capítulo dieciséis:	
La perseverancia: sirviendo con fidelidad.....	126
Capítulo diecisiete:	
La generosidad que inspira y contagia.....	134
Capítulo dieciocho:	
La recompensa del servidor aprobado.....	142
Capítulo diecinueve:	
Representando a Cristo en la Iglesia local.....	150

INTRODUCCIÓN

"En el Reino de Dios nadie es llamado primero a dirigir; todos somos llamados primero a servir. Solo quienes han aprendido a servir con fidelidad están preparados para cuidar aquello que Dios pone en sus manos."

Querido pastor:

Durante muchos años el Señor me ha concedido el privilegio de servir a iglesias y acompañar a pastores en distintos lugares. En ese recorrido he observado una realidad que se repite con mucha frecuencia. No suele ser la falta de personas dispuestas a colaborar lo que dificulta el crecimiento de una congregación, sino la escasez de hombres y mujeres que hayan sido formados para servir con un corazón conforme al Reino de Dios.

Muchos creyentes aman al Señor, desean involucrarse en la obra y anhelan ser útiles dentro de la iglesia. Sin embargo, el entusiasmo, por sí solo, no alcanza para sostener un servicio saludable. El Reino de Dios no se edifica únicamente sobre buenas intenciones, sino sobre vidas transformadas por Cristo, capaces de servir con humildad, fidelidad y sujeción.

Con el paso de los años también he comprobado que numerosos conflictos dentro de las congregaciones no nacen

de problemas doctrinales, sino de conceptos equivocados acerca del liderazgo. Algunos identifican el servicio con una posición de privilegio; otros consideran que recibir una responsabilidad los convierte automáticamente en parte del gobierno espiritual de la iglesia. No faltan quienes entienden la autoridad como una plataforma para ser reconocidos, cuando en realidad Dios la concede para beneficiar a otros.

Frente a esa realidad nació este manual. No fue escrito para formar apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros. Tampoco pretende desarrollar principios de administración eclesiástica para quienes gobiernan una congregación. Su propósito es mucho más específico y, precisamente por eso, profundamente necesario.

Este manual fue pensado para aquellos hermanos y hermanas que sirven en las diferentes áreas de la iglesia local: quienes coordinan grupos de niños, jóvenes o matrimonios; quienes colaboran en la alabanza, la multimedia, la recepción, la intercesión, la consolidación, las células, la administración, la acción social o cualquier otra tarea que contribuya al desarrollo de la obra de Dios.

Cada uno de ellos cumple una función indispensable dentro del Cuerpo de Cristo. Ningún servicio es pequeño cuando se realiza para el Señor, y ninguna responsabilidad es tan sencilla que no requiera un corazón preparado.

A lo largo de estas páginas no procuraré enseñar técnicas de liderazgo, sino principios del Reino. Nuestro

mayor interés no será desarrollar habilidades para dirigir personas, sino formar el carácter de Cristo en quienes han sido llamados a servir.

Creemos firmemente que la autoridad espiritual jamás debe entenderse como un privilegio para enseñorearse de otros. Nuestro Señor dejó perfectamente establecido que el mayor es quien sirve, y que toda autoridad legítima encuentra su razón de ser en el amor, la entrega y el cuidado de las personas.

Al mismo tiempo, afirmamos que el Reino de Dios posee un orden. Todos somos iguales delante del Padre, todos hemos sido reconciliados por la misma sangre de Cristo y todos participamos del mismo sacerdocio espiritual. Sin embargo, el mismo Señor que nos hizo uno en Cristo también estableció funciones, responsabilidades y autoridades para la edificación de Su Iglesia. Comprender ese equilibrio es indispensable para desarrollar un servicio saludable, libre tanto del autoritarismo como de la independencia.

Cada congregación posee una visión particular, una historia y una manera propia de desarrollar la obra. Esa diversidad, cuando permanece dentro de la unidad del Espíritu y de la verdad del evangelio, no debilita al Cuerpo de Cristo, sino que lo enriquece. Por eso, uno de los grandes desafíos de todo servidor consiste en aprender a honrar la visión de la casa donde Dios lo plantó, aportando sus dones para fortalecer aquello que el Señor está edificando en ese lugar.

Este manual tampoco pretende reemplazar el discipulado pastoral. Ningún libro puede ocupar el lugar del acompañamiento personal que un pastor brinda a quienes Dios pone bajo su cuidado. Mi deseo es ofrecer una herramienta que facilite esa tarea, proporcionando un recorrido formativo claro, bíblico y práctico para preparar servidores confiables.

Cada capítulo ha sido diseñado para funcionar como una clase de formación. Puede estudiarse de manera individual, pero también desarrollarse en reuniones de capacitación para futuros líderes de áreas. Las preguntas de reflexión, las aplicaciones prácticas y las oraciones finales buscan convertir el conocimiento en una experiencia concreta de crecimiento espiritual.

Nuestro anhelo es que, al finalizar este recorrido, cada servidor comprenda que el verdadero liderazgo nunca comienza con una posición, sino con un corazón rendido a Cristo. Que descubra que servir no significa ocupar un escalón inferior, sino seguir el ejemplo del Señor de la Iglesia. Y que toda responsabilidad recibida constituye una oportunidad para manifestar el carácter de Aquel que ***“no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos”*** (Marcos 10:45).

Si este manual contribuye a formar hombres y mujeres más humildes, más íntegros, más fieles y más apasionados por servir al Señor y a Su pueblo, habrá cumplido plenamente el propósito para el cual fue escrito.

Que el Espíritu Santo utilice estas páginas para fortalecer a Su Iglesia y levantar una nueva generación de servidores que encuentren su mayor honra no en ser reconocidos, sino en reflejar el corazón del Siervo perfecto: nuestro Señor Jesucristo.

Oswaldo Rebolleda

Capítulo uno

EL PRIVILEGIO DE SERVIR

“En el Reino de Dios nadie comienza sirviendo porque ocupa un lugar; ocupa un lugar porque primero aprendió a servir.”

Durante mucho tiempo, la palabra liderazgo ha despertado un enorme interés dentro de la Iglesia. Se han escrito innumerables libros, se organizan congresos, se ofrecen seminarios y abundan las enseñanzas destinadas a formar líderes cada vez más eficaces. Sin embargo, al recorrer los Evangelios descubrimos algo que resulta profundamente llamativo: Jesús nunca comenzó enseñando a sus discípulos a liderar.

Antes de confiarles responsabilidades, antes de enviarlos a predicar, antes de delegarles autoridad sobre enfermedades o espíritus inmundos, Jesús dedicó tiempo a formar en ellos el corazón de servidores. Esto lo hizo mostrándoles fundamentalmente Su ejemplo.

Este detalle no es casual. El Reino de Dios posee una lógica completamente distinta a la de los sistemas humanos. En el mundo, las personas suelen considerar el liderazgo como un ascenso. Se busca ocupar posiciones de influencia, adquirir prestigio, alcanzar reconocimiento o ejercer autoridad sobre otros.

En cambio, en el Reino, cuanto mayor es la responsabilidad, mayor debe ser la disposición para servir. La grandeza no se mide por el número de personas que obedecen nuestras instrucciones, sino por la cantidad de amor, entrega y fidelidad con que administramos aquello que Dios puso bajo nuestro cuidado.

Por esa razón, este manual no comienza hablando de autoridad, de organización ni de técnicas para coordinar equipos. Comienza hablando del servicio. Antes de aprender a conducir personas, debemos aprender a lavar pies. Antes de recibir una responsabilidad visible, debemos comprender el valor de las tareas que muchas veces permanecen ocultas. Antes de aspirar a dirigir un área de la iglesia, necesitamos permitir que Cristo gobierne nuestro propio corazón.

El Señor Jesucristo expresó esta verdad de una manera inolvidable cuando dijo a Sus discípulos: ***“Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del***

Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:25 al 28).

Estas palabras constituyen uno de los pilares del Reino. Jesús no solamente corrigió una conducta equivocada; redefinió completamente el concepto de grandeza. Mientras los discípulos discutían quién ocuparía los lugares de mayor honor, el Maestro les mostró que el verdadero honor consiste en servir.

Es significativo que esa conversación surgiera precisamente cuando los discípulos estaban pensando en posiciones. Ellos imaginaban un reino semejante a los de este mundo. Esperaban cargos, jerarquías y privilegios. Jesús, en cambio, les habló de una toalla, de una cruz y de una vida entregada por los demás. Allí donde el hombre natural busca ser reconocido, Cristo enseña a servir. Donde la carne anhela ser exaltada, el Espíritu forma humildad.

Esta enseñanza continúa siendo necesaria en la Iglesia de nuestros días. No son pocos los creyentes que desean servir al Señor, pero sin advertirlo permiten que se mezclen motivaciones equivocadas. Algunos buscan una función porque desean sentirse importantes. Otros consideran que recibir una responsabilidad los coloca por encima de sus hermanos.

También existen quienes interpretan un nombramiento como el reconocimiento de una categoría espiritual superior. Aunque pocas veces se exprese de esa manera, estas ideas

revelan que todavía estamos observando el servicio desde una perspectiva humana y no desde la mirada del Reino.

Por eso es necesario afirmar desde el comienzo que ningún ministerio de servicio convierte a una persona en alguien más importante dentro del Cuerpo de Cristo. El encargado de la recepción no vale más por recibir a quienes llegan al templo. El director de alabanza no posee una posición superior porque conduce el tiempo de adoración. El responsable del ministerio infantil no adquiere una categoría especial por coordinar un equipo. Tampoco quien administra la multimedia, dirige una célula o supervisa una tarea determinada deja de ser un hermano entre hermanos. Todos continuamos siendo miembros del mismo Cuerpo, comprados por la misma sangre y dependientes de la misma gracia.

“La responsabilidad nunca modifica nuestra identidad; solamente amplía nuestra oportunidad de servir”.

Comprender esta verdad protege el corazón del orgullo y también de la frustración. Del orgullo, porque nadie puede atribuirse méritos por aquello que recibió de la gracia de Dios. De la frustración, porque el servicio deja de depender del reconocimiento humano y encuentra su recompensa en agradar al Señor.

El apóstol Pablo comprendía profundamente esta realidad. Aunque había recibido una extraordinaria revelación de Cristo y desempeñaba una tarea fundamental

para la expansión del evangelio, con frecuencia se describía utilizando una palabra sencilla pero profundamente significativa: “siervo”. En la introducción de varias de sus cartas no destaca primero su autoridad apostólica, sino su condición de esclavo voluntario de Jesucristo. Sabía que toda autoridad legítima nace de una vida completamente rendida al Señor.

Esta actitud también caracterizó a los grandes hombres y mujeres de Dios a lo largo de la historia bíblica. Moisés fue llamado el hombre más manso de la tierra. David nunca dejó de considerarse un pastor aun cuando gobernaba una nación. Nehemías renunció a comodidades personales para reconstruir los muros de Jerusalén. Timoteo aprendió a servir junto a Pablo antes de asumir responsabilidades propias. En todos ellos encontramos un mismo patrón: primero hubo disposición para servir; después vino la responsabilidad. Sin embargo, el ejemplo supremo siempre será Jesucristo.

La noche anterior a Su crucifixión ocurrió una escena que resume toda la naturaleza del Reino. El Maestro se levantó de la mesa, tomó una toalla, ciñó su cintura y comenzó a lavar los pies de Sus discípulos. Aquella era una tarea reservada para el siervo de menor categoría dentro de una casa. Ningún rabino respetado habría realizado semejante trabajo. Ningún rey lo habría considerado digno de su posición. Pero el Rey de reyes eligió precisamente ese momento para enseñar la lección que Sus discípulos jamás olvidarían.

Después de terminar, les dijo: ***“Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”*** (Juan 13:13 y 14).

Jesús no estaba instituyendo un rito religioso. Estaba revelando el corazón del Reino. La autoridad espiritual nunca se expresa mediante privilegios, sino mediante servicio. El que ocupa el lugar más alto es precisamente quien está dispuesto a inclinarse más profundamente para bendecir a los demás.

Este principio transforma completamente la manera en que entendemos cualquier responsabilidad dentro de la iglesia local. Servir no significa ocupar un escalón inferior; significa parecerse más a Cristo.

Cuando un creyente comprende esto, desaparece la competencia. Ya no necesita compararse con otros ministerios ni reclamar posiciones. Descubre que su mayor satisfacción consiste en ser útil para el avance de la obra de Dios. Entiende que limpiar el templo, enseñar a un niño, preparar un sonido, visitar a un enfermo o coordinar un pequeño grupo poseen exactamente el mismo valor cuando se realizan como una expresión de amor al Señor.

“En el Reino no existen tareas pequeñas. Lo único pequeño es un corazón que sirve buscando su propia gloria”.

Cada servicio realizado con fidelidad participa de una obra mucho mayor que nosotros mismos: la edificación del Cuerpo de Cristo. Quizá pocos recuerden el nombre de quienes acomodaron las sillas, prepararon el equipo de sonido o recibieron con una sonrisa a quienes llegaban por primera vez. Sin embargo, Dios observa aquello que los hombres muchas veces pasan por alto. Él no mide la importancia de un servicio por su visibilidad, sino por la fidelidad con que fue realizado.

Por eso, quien desea servir en la iglesia debe hacerse primero una pregunta que resulta mucho más importante que cualquier otra: ¿Estoy buscando una posición o una oportunidad para expresar el carácter de Cristo? La respuesta a esa pregunta determinará la manera en que ejerceremos cualquier responsabilidad futura.

Si buscamos una posición, tarde o temprano aparecerán la competencia, el orgullo, la susceptibilidad y la necesidad de reconocimiento. Pero si buscamos servir a Cristo, descubriremos que el mayor privilegio no consiste en dirigir personas, sino en participar humildemente de la obra que Él está edificando.

Porque, al final de todo, el verdadero servidor nunca trabaja para construir su propio nombre. Trabaja para que solamente el nombre de Jesucristo sea exaltado.

Para reflexionar deberíamos preguntarnos: ¿Qué motivaciones nos llevaron a desear servir dentro de la

iglesia? ¿Encontramos satisfacción en servir aunque nuestra tarea pase desapercibida para los demás? ¿Existe alguna área de orgullo o deseo de reconocimiento que debamos rendir al Señor? ¿De qué manera el ejemplo de Jesús lavando los pies desafía nuestros conceptos de liderazgo?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante esta semana busquen realizar intencionalmente algún acto de servicio que nadie espere de ustedes y por el cual probablemente no reciban ningún reconocimiento. Háganlo únicamente como una expresión de amor al Señor y dediquen un tiempo a examinar las motivaciones de sus corazones mientras lo realizan.

Oración personal: *“Señor Jesús, gracias porque Tú me mostraste que la verdadera grandeza se encuentra en servir. Líbrame del orgullo, de la búsqueda de reconocimiento y de toda motivación egoísta. Forma en mí un corazón semejante al Tuyo, dispuesto a amar, a servir y a bendecir a otros con humildad. Que nunca busque una posición para mi propia gloria, sino oportunidades para reflejar Tu carácter. Hazme un servidor fiel, confiable y lleno de amor, para que todo lo que haga contribuya a la edificación de Tu Iglesia y a la exaltación de Tu nombre” ¡Amén!*

Capítulo dos

JESUCRISTO EL SIERVO PERFECTO

“El Reino no necesita servidores que inventen su propio modelo de liderazgo; necesita discípulos que reproduzcan el carácter de Cristo”.

Cuando un creyente acepta una responsabilidad dentro de la iglesia, casi siempre surge una pregunta, aunque muchas veces no la formule con palabras: ¿Qué clase de líder debo llegar a ser? La respuesta suele buscarse en la experiencia de personas admiradas, en métodos de organización, en principios de administración o en modelos exitosos de otras congregaciones. Sin embargo, antes de mirar cualquier ejemplo humano, el Nuevo Testamento dirige nuestra atención hacia una sola persona: “Jesucristo”.

Él no es únicamente el Salvador de la Iglesia; es también el modelo perfecto de todo servidor. Ningún hombre ha amado como Él, ninguno ha obedecido como Él y ninguno ha servido con la pureza de motivaciones que encontramos en Su vida. Por eso, todo servicio cristiano que no tenga a Cristo como referencia terminará deformándose, tarde o

temprano, por las ambiciones, las inseguridades o las formas de pensar propias de este mundo.

Es significativo que el Hijo eterno de Dios pudiera haber venido rodeado de todos los símbolos de poder que los hombres admiran. Podría haber nacido en un palacio, haberse presentado como un conquistador o exigir inmediatamente la obediencia de todos los pueblos. Nada de eso ocurrió. Desde el comienzo de Su vida terrenal, el Señor eligió el camino de la humildad.

Nació en un pesebre, creció en una familia sencilla, trabajó con sus manos y caminó entre la gente común. Antes de pronunciar un solo sermón, Su propia vida ya estaba enseñando que la grandeza del Reino no se sostiene sobre el prestigio, sino sobre la obediencia al Padre.

El profeta Isaías, muchos siglos antes de Su nacimiento, anunció la llegada del Mesías utilizando una expresión extraordinaria: “el Siervo de Jehová”. En los llamados “cánticos del Siervo”, el Espíritu Santo presenta a Aquel que llevaría sobre Sí el pecado del mundo, pero lo hace destacando primero Su mansedumbre, Su obediencia y Su disposición para cumplir la voluntad del Padre. No aparece como un gobernante que busca imponerse, sino como un Siervo que se entrega por amor.

Isaías escribió: ***“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.*”**

No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humear...” (Isaías 42:1 al 3).

Estas palabras revelan un aspecto esencial del carácter de Cristo. Su autoridad nunca fue agresiva. Nunca necesitó humillar para demostrar quién era. Nunca utilizó Su poder para satisfacer intereses personales. Su firmeza siempre estuvo acompañada por misericordia, y Su autoridad siempre tuvo como propósito restaurar a las personas.

Este principio resulta indispensable para todo servidor del Reino. La autoridad espiritual jamás encuentra su legitimidad en el temor que produce, sino en el amor con que sirve. Cuando un responsable de área necesita imponerse constantemente para que los demás lo respeten, probablemente todavía no ha comprendido el modelo de Cristo. El Señor atraía a las personas por la verdad, por el amor y por la coherencia de Su vida.

La vida de Jesús estuvo gobernada por una sola prioridad: hacer la voluntad del Padre. Él mismo declaró: ***“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.”*** (Juan 6:38).

Estas palabras deberían acompañar permanentemente a todo servidor de la iglesia. Servir no consiste en desarrollar nuestros propios proyectos, sino en colaborar con aquello que Dios está edificando. Quien sirve al Reino aprende a renunciar al protagonismo para abrazar la voluntad del Señor,

aunque esa voluntad no siempre coincida con sus preferencias personales.

Uno de los mayores peligros para cualquier responsable de un ministerio es comenzar a considerar el área que coordina como si le perteneciera. Poco a poco deja de hablar del ministerio de la iglesia y empieza a hablar de “mi grupo”, “mi equipo”, “mi ministerio”, “mi gente”. Sin darse cuenta, el centro deja de ser Cristo y pasa a ser su propia gestión.

Jesús jamás cayó en esa tentación. Aunque todo le pertenecía, nunca actuó como dueño que exige privilegios. Se presentó como el Hijo que obedece, el Pastor que da Su vida por las ovejas y el Siervo que cumple la voluntad del Padre. Cuánto más nosotros, que solamente administramos por un tiempo aquello que Él nos ha confiado.

El apóstol Pablo resume admirablemente esta actitud en uno de los pasajes más profundos de toda la Escritura. Escribiendo a los filipenses, los exhortó diciendo: ***“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...”*** (Filipenses 2:5).

Observemos que Pablo no pide únicamente imitar determinadas acciones de Jesús. Va mucho más profundo. Nos invita a participar de Su manera de pensar, de Su disposición interior, de Su actitud frente a Dios y frente a las personas. Él no está hablando de voluntarismo humano, sino en el accionar del Espíritu Santo en nosotros.

Y continúa diciendo: “...*el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...*” (Filipenses 2:6 y 7).

Aquí encontramos uno de los mayores contrastes del evangelio. Mientras Adán quiso ser como Dios y perdió el paraíso, Cristo, siendo Dios, se humilló voluntariamente para rescatar al hombre. El primero buscó exaltarse; el segundo eligió descender. El orgullo destruyó a uno; la humildad glorificó al otro.

Todo servidor del Reino está llamado a recorrer ese mismo camino. No se trata de disminuir el valor de los dones que Dios nos ha dado ni de negar las responsabilidades recibidas. Se trata de comprender que cuanto mayor sea la confianza que el Señor deposita en nosotros, mayor debe ser nuestra disposición para servir.

Existe una diferencia enorme entre ejercer una función y adoptar la forma de un siervo. Una persona puede desempeñar tareas dentro de la iglesia y, sin embargo, conservar un corazón orgulloso. Puede coordinar equipos, organizar actividades e incluso predicar con eficacia, mientras continúa buscando reconocimiento para sí misma. El servicio verdadero no comienza en las manos, sino en el corazón. Antes de manifestarse en las acciones, nace de una profunda rendición al Señor.

Quizá la escena que mejor resume esa realidad sea la del aposento alto. Horas antes de ser entregado, Jesús sabía perfectamente quién era. Sabía que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos. Sabía de dónde venía y hacia dónde iba. Precisamente porque conocía plenamente Su identidad, pudo levantarse de la mesa, tomar una toalla y lavar los pies de Sus discípulos.

Es un detalle que muchas veces pasamos por alto. Jesús no sirvió porque dudara de Su autoridad. Sirvió porque estaba absolutamente seguro de ella. La verdadera identidad produce humildad, por eso en la portada de este manual determiné poner una huella digital, porque si comprendemos la identidad en Cristo, nuestras funciones cambiarán por completo.

La inseguridad, en cambio, busca continuamente demostrar importancia. Muchas veces el orgullo no nace de sentirse demasiado grande, sino de sentirse demasiado pequeño. Entonces la persona necesita títulos, posiciones o reconocimientos para sostener una identidad que todavía no ha sido afirmada en Cristo.

Jesús jamás necesitó nada de eso, toda Su seguridad provenía del Padre. Por eso podía inclinarse sin temor, podía servir sin sentirse disminuido, podía entregar Su vida sin perder Su dignidad. ¡Qué extraordinaria lección para quienes deseamos servir en la iglesia!

Cuando nuestra identidad descansa en el amor del Padre, dejamos de competir con nuestros hermanos. Ya no necesitamos demostrar que somos indispensables. Nos alegramos cuando otros crecen, porque entendemos que la obra nunca nos perteneció. El Reino no depende de nuestro protagonismo; pertenece a Cristo.

Todo servidor debería preguntarse con frecuencia: ¿Estoy tratando de parecerme a Jesús o solamente estoy aprendiendo técnicas para dirigir mejor? La diferencia es enorme. Las técnicas pueden mejorar una organización, pero únicamente el carácter de Cristo puede edificar Su Iglesia.

Por eso, el objetivo más elevado de este manual no consiste en formar coordinadores eficientes, sino hombres y mujeres cuya manera de servir refleje cada vez más el corazón del Señor. Porque el mejor servidor no será necesariamente quien organice más actividades, sino quien permita que Cristo sea visto con mayor claridad a través de su vida.

Y cuando eso ocurre, el servicio deja de ser simplemente una tarea, y se convierte en una manifestación visible del carácter de Jesús entre Su pueblo.

Para reflexionar deberíamos preguntarnos: ¿Qué aspectos del carácter de Jesús necesitamos cultivar con mayor urgencia en nuestro servicio? ¿Nuestra identidad descansa en Cristo o en la responsabilidad que desempeñamos? ¿Buscamos parecernos al Señor o

simplemente ser más eficientes? ¿Cómo reaccionamos cuando otro recibe reconocimiento por una tarea en la que también participamos nosotros?

Para poner en práctica les aconsejo: Lean pausadamente **Filipenses 2:1 al 11** durante todos los días de una semana. Pidan al Espíritu Santo que les muestre qué actitudes de Cristo necesitan crecer en sus vidas y anoten las áreas específicas en las que entienden que deben rendirse más plenamente a Su señorío.

Oración personal: *“Señor Jesús, gracias porque no solamente me llamaste a servir, sino que me mostraste cómo hacerlo. Quiero aprender de Ti, el Siervo perfecto. Arranca de mi corazón todo deseo de protagonismo, toda búsqueda de reconocimiento y toda actitud de orgullo. Enséñame a obedecer al Padre con alegría, a amar a las personas con sinceridad y a ejercer cualquier responsabilidad con la misma humildad que Tú manifestaste. Que quienes me vean sirviendo puedan reconocer, no mis capacidades, sino el reflejo de Tu carácter” ¡Amén!*

Capítulo tres

LA IDENTIDAD DEL SERVIDOR DEL REINO

“El servidor del Reino no encuentra su valor en la tarea que realiza, sino en la comunión que disfruta con el Padre celestial...”

Una de las preguntas más importantes que puede hacerse cualquier creyente es esta: ¿Quién soy? Aunque parezca una cuestión sencilla, de la respuesta dependerá la manera en que vivirá, servirá y enfrentará cada etapa de su vida cristiana.

Muchas personas construyen su identidad sobre aquello que hacen. Se sienten valiosas mientras ocupan una responsabilidad, reciben reconocimiento o experimentan resultados visibles. Sin embargo, cuando cambian las circunstancias, cuando deben dejar una tarea o cuando otro ocupa su lugar, también se derrumba la imagen que tenían de sí mismas. Descubren entonces que habían confundido su identidad con su función.

Este peligro también existe dentro de la iglesia. Hay quienes comienzan sirviendo con un corazón sincero, pero poco a poco dejan de verse como hijos de Dios para comenzar a definirse por el ministerio que desempeñan. Ya no son simplemente discípulos de Cristo; ahora son “el líder de jóvenes”, “la directora de niños”, “el responsable de la alabanza”, “el encargado de multimedia” o “el coordinador de células”. Sin darse cuenta, la responsabilidad termina ocupando el lugar que solamente la gracia de Dios debería ocupar.

Cuando esto sucede, cualquier cambio produce una profunda crisis interior. Si el pastor decide reorganizar un ministerio, si otra persona es preparada para colaborar o si llega el momento de entregar la responsabilidad, el corazón reacciona con dolor, enojo o resistencia. No porque la tarea sea indispensable, sino porque la identidad había quedado ligada al cargo.

El evangelio nos ofrece una libertad maravillosa. Antes de llamarnos a servir, Dios nos llamó hijos. El apóstol Juan escribe con asombro: ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios...”*** (1 Juan 3:1).

Observemos el orden. No dice: “Servid para llegar a ser hijos”. Tampoco afirma que Dios nos adoptó porque demostramos capacidad o fidelidad. La filiación nace de la gracia, no del desempeño. Somos hijos porque hemos nacido de Dios por medio de Jesucristo. Esa es nuestra identidad más

profunda, y ninguna responsabilidad dentro de la iglesia puede añadirle valor ni quitárselo.

Comprender esta verdad transforma completamente la manera de servir. El creyente ya no trabaja para demostrar que merece un lugar delante de Dios. Tampoco busca impresionar a los demás mediante sus capacidades. Sirve porque ya fue amado, ya fue aceptado y ya fue recibido por el Padre. El servicio deja de ser un intento de ganar aprobación para convertirse en una respuesta agradecida al amor recibido.

Jesús mismo vivió desde esa seguridad. Antes de iniciar Su ministerio público, cuando aún no había realizado milagros, predicado sermones ni llamado discípulos, el Padre declaró desde el cielo: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** (Mateo 3:17).

Este es un detalle extraordinario. El Padre expresó Su complacencia antes de que el ministerio comenzara. La aprobación no fue consecuencia de las obras; las obras fueron la expresión de una relación ya existente.

También nosotros necesitamos aprender esa lección. Nuestro Padre celestial no nos ama porque servimos. Servimos porque Él nos amó primero. Cuando olvidamos esto, el servicio comienza a convertirse en una carga. Sentimos que debemos sostener permanentemente una imagen de eficiencia, demostrar resultados y evitar cualquier error para conservar nuestro lugar. Poco a poco aparece el

agotamiento espiritual, porque intentamos obtener mediante el desempeño aquello que solamente la gracia puede otorgar.

La identidad en Cristo también nos protege de otro peligro: “la comparación”. Quien sabe que es hijo no necesita competir con sus hermanos. Puede alegrarse sinceramente cuando otro crece, cuando otra persona recibe una responsabilidad o cuando Dios utiliza con poder a alguien diferente. Ya no interpreta el éxito ajeno como una amenaza para su propio valor, porque entiende que su identidad permanece segura en Cristo.

El apóstol Pablo utiliza una imagen profundamente hermosa al describir la iglesia como un cuerpo. Ningún miembro necesita demostrar que es más importante que otro. La mano no compite con el ojo, ni el oído envidia al pie. Cada uno cumple la función que el Señor le asignó para beneficio del conjunto.

Esta enseñanza tiene enormes implicancias para quienes sirven en la iglesia local. No todos predicarán desde un púlpito. No todos dirigirán una congregación. No todos enseñarán públicamente. Sin embargo, todos pueden glorificar a Dios mediante la fidelidad con que realizan la tarea que Él les confió.

Nuestra identidad no depende del lugar que ocupamos dentro del cuerpo. Depende de Aquel que nos hizo miembros de ese cuerpo. Por eso, cuando un servidor entiende quién es en Cristo, también aprende a recibir con paz los cambios que

Dios permite. Puede asumir nuevas responsabilidades sin orgullo y puede dejarlas sin amargura. Sabe que su valor nunca estuvo en la función, sino en el amor inmutable del Padre.

Lamentablemente, algunas personas desarrollan una relación tan estrecha con su ministerio que terminan apropiándose de él. Hablan constantemente de “mi grupo”, “mi ministerio”, “mi equipo”. Con el paso del tiempo dejan de administrarlo como un encargo del Señor y comienzan a defenderlo como si fuera una propiedad personal. Este fenómeno casi siempre revela una identidad mal afirmada.

Cuando nuestra seguridad depende de la función, sentimos la necesidad de protegerla. Cuando nuestra seguridad descansa en Cristo, podemos compartirla, delegarla e incluso entregarla con alegría cuando llegue el momento.

Juan el Bautista constituye un ejemplo extraordinario en este sentido. Durante un tiempo fue el predicador más influyente de Israel. Multitudes acudían a escucharlo. Sin embargo, cuando Jesús comenzó Su ministerio y algunos de sus discípulos manifestaron preocupación porque la gente seguía ahora al Señor, Juan respondió con una de las declaraciones más hermosas del Nuevo Testamento: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”*** (Juan 3:30).

Solamente un hombre cuya identidad estaba afirmada en Dios podía pronunciar esas palabras sin resentimiento.

Juan comprendía que nunca había sido el centro de la historia. Su misión consistía en señalar al Cordero de Dios y luego hacerse a un lado. Ese mismo espíritu debe caracterizar a todo servidor del Reino.

Nuestro llamado no consiste en construir una plataforma para nosotros mismos, consiste en preparar el camino para que Cristo sea visto con mayor claridad. Cuando olvidamos esto, comenzamos a buscar seguidores, cuando lo recordamos, formamos discípulos de Jesús.

Al final de nuestra vida, el mayor éxito no consistirá en haber ocupado muchas responsabilidades, sino en haber permanecido fieles a nuestra verdadera identidad, la de ser hijos, ser discípulos, ser servidores. Todo lo demás será solamente la forma particular en que cada uno expresó esa realidad.

Porque las responsabilidades cambian, los ministerios pasan de unas manos a otras, las etapas de la vida se suceden unas a otras, pero hay una verdad que permanece para siempre: pertenecemos al Padre, hemos sido unidos a Cristo y somos parte de Su familia. Desde esa seguridad nace el servicio saludable.

Y solamente quien ha aprendido a descansar en esa identidad podrá servir con libertad, humildad y gozo durante toda su vida.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Cómo solemos presentarnos cuando se refieren a nosotros? ¿Nuestra identidad gira alrededor de Cristo o de la función que desempeñamos? ¿Cómo reaccionaríamos si mañana dejáramos de ejercer la responsabilidad que hoy tenemos? ¿Podemos alegrarnos sinceramente cuando Dios utiliza más a otros que a nosotros? ¿Descansa nuestra seguridad en el amor del Padre o en los resultados de nuestro servicio?

Para poner en práctica les aconsejo: Dediquen un tiempo esta semana a leer lentamente **Efesios 1** y marquen especialmente todas las expresiones que describen quienes son en Cristo: escogidos, redimidos, perdonados, herederos, sellados por el Espíritu, etc. Luego agradezcan al Señor por cada una de esas verdades, recordando que ellas permanecen aunque cambien sus responsabilidades.

Oración personal: *“Padre amado, gracias porque mi identidad no depende de lo que hago, sino de lo que Tú has hecho por mí en Cristo. Gracias porque me llamaste hijo antes de confiarme cualquier responsabilidad. Guarda mi corazón de buscar valor en las posiciones, en el reconocimiento o en los resultados. Enséñame a descansar en Tu amor y a servir desde la seguridad de ser parte de Tu familia. Que nunca me aferre a una función, sino únicamente a Cristo. Y que todo lo que haga apunte siempre a que Él crezca y yo disminuya” ¡Amén!*

Capítulo cuatro

EL LLAMADO ANTES QUE EL CARGO

“El tiempo pasa, los cargos cambian; pero el llamado a servir al Rey permanece toda la vida.”

Existe una diferencia profunda entre recibir un cargo y responder a un llamado. Aunque muchas veces ambas ideas se confunden, representan realidades completamente distintas. El cargo describe una responsabilidad específica; el llamado define la dirección de una vida. El cargo puede comenzar hoy y terminar mañana. El llamado, en cambio, permanece mientras el Señor nos conceda el privilegio de servirle.

Comprender esta diferencia resulta indispensable para todo creyente que desee colaborar en la iglesia local. Muchas de las dificultades que aparecen dentro de los equipos de servicio nacen precisamente de no distinguir entre ambas cosas. Hay personas que terminan identificándose tanto con la función que desempeñan que, cuando llega el momento de dejarla, sienten que han perdido también su propósito.

Otras desarrollan un fuerte sentido de pertenencia hacia el ministerio que coordinan y comienzan a defenderlo como si fuera una propiedad personal. Lo que comenzó como una oportunidad para servir termina convirtiéndose en un espacio que necesitan conservar a cualquier precio. Nada de eso ocurre cuando el corazón ha comprendido el verdadero llamado de Dios.

El Señor nunca llamó a Sus discípulos para ocupar un cargo. Los llamó para seguirlo. Antes de confiarles responsabilidades, los invitó a caminar con Él, a escuchar Su voz, a aprender de Su carácter y a participar de Su misión. Las tareas fueron cambiando con el tiempo, pero el llamado permaneció intacto.

Pedro constituye un ejemplo extraordinario de esta realidad. Durante su vida desempeñó funciones muy diferentes. Fue pescador, discípulo, predicador, pastor y apóstol. Sin embargo, ninguna de esas responsabilidades definió su identidad. Lo que realmente marcó su existencia fue el momento en que Jesús pasó junto al lago y le dijo: *“Sígueme”*.

Aquella palabra cambió su destino para siempre. Observemos que Jesús no le explicó entonces cuál sería su futuro ministerio. No le habló de Pentecostés, ni de las multitudes que escucharían su predicación, ni de las cartas que escribiría años más tarde. Simplemente lo llamó a caminar detrás de Él. Todo lo demás sería consecuencia de esa decisión inicial.

Este principio continúa vigente para nosotros. Dios no llama primero a dirigir un ministerio de niños, de jóvenes, de matrimonios o de alabanza. Nos llama a seguir a Cristo. Después, conforme a Su voluntad, nos confía determinadas responsabilidades mediante la iglesia local. Si algún día esas responsabilidades cambian, el llamado continúa siendo exactamente el mismo. Esta verdad produce una enorme libertad interior.

El servidor ya no depende emocionalmente de la función que desempeña. Puede aceptar una nueva tarea con alegría o entregar la que tiene sin resentimiento, porque entiende que su verdadera vocación consiste en servir al Señor allí donde Él decida colocarlo.

El apóstol Pablo vivió de esa manera. Hubo momentos en que predicó ante multitudes y otros en los que permaneció años enteros en una prisión. Algunas veces estableció nuevas iglesias; otras dedicó largos períodos a fortalecer congregaciones ya existentes. Incluso hubo temporadas en las que trabajó haciendo tiendas para sostenerse económicamente. Ninguna de esas circunstancias alteró su llamado. Servía con la misma fidelidad cuando viajaba por el mundo que cuando escribía cartas desde una celda.

Qué diferente sería la vida de muchas iglesias si todos comprendiéramos este principio. Con frecuencia encontramos creyentes muy dispuestos a servir... siempre que sea en el área que desean. Están disponibles para dirigir, pero no para colaborar. Aceptan coordinar, pero les cuesta

obedecer. Se sienten cómodos tomando decisiones, pero no recibíéndolas. Sin darse cuenta, han comenzado a amar más la posición que el servicio.

El Reino invierte completamente esa lógica. Quien ha sido verdaderamente llamado por Dios descubre que toda oportunidad de servir constituye un privilegio. No considera que algunas tareas sean demasiado pequeñas para él. Tampoco interpreta determinados trabajos como una disminución de su dignidad. Comprende que ninguna labor realizada para Cristo carece de valor.

Jesús enseñó esta verdad de una manera muy sencilla cuando dijo: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel...”*** (Lucas 16:10). Muchas veces pensamos que este pasaje habla únicamente de recursos materiales. Sin embargo, expresa un principio mucho más amplio. Dios observa cómo administramos aquello que hoy tenemos entre manos antes de confiarnos nuevas responsabilidades. La fidelidad nunca comienza en los grandes escenarios. Siempre nace en los pequeños actos de obediencia que, con frecuencia, solamente el Señor alcanza a ver.

En la iglesia local esto tiene una aplicación muy práctica. El hermano que hoy acomoda las sillas, recibe a las personas en la puerta, prepara el sonido, limpia un salón o visita discretamente a un enfermo está aprendiendo lecciones que ningún instituto bíblico puede enseñar. Está desarrollando un corazón dispuesto a servir sin depender del reconocimiento humano. Esa escuela silenciosa forma

obreros mucho más sólidos que la búsqueda apresurada de posiciones visibles.

Por eso, nunca deberíamos despreciar los comienzos sencillos. Personalmente, hoy llevo adelante un ministerio apostólico sirviendo a varias iglesias en diferentes países del mundo, además ejerzo mi rol como maestro de la Palabra en todo lugar al que viajo, pero cuando comencé a caminar con el Señor, realicé todo tipo de tareas. Fui líder de jóvenes, fui líder del grupo de limpieza del salón, fui evangelista, mi ministerio mudó naturalmente a lo profético y luego fui pastor por más de veinte años. Es decir, las funciones cambian, el don se perfecciona pero al final, siempre y de cualquier manera, lo importante es servir al Rey.

En el Reino de Dios no existen tareas insignificantes. Existen corazones que todavía no descubrieron la grandeza del servicio. También es importante comprender que los cargos pertenecen a la iglesia; el llamado pertenece al Señor.

La iglesia, guiada por sus autoridades, asigna responsabilidades, organiza equipos y distribuye funciones según las necesidades y los dones de cada creyente. En distintos momentos una persona podrá asumir nuevas tareas o dejar otras. Todo eso forma parte de la vida normal de una congregación. El llamado, en cambio, permanece inalterable.

Mientras Cristo sea nuestro Señor, siempre habrá una oportunidad para servir. Nadie queda sin llamado porque haya terminado una responsabilidad, nadie deja de ser

servidor porque cambie de área, nadie pierde su propósito porque ya no ocupe el lugar que antes ocupaba. Quien comprende esto jamás convertirá un ministerio en una posesión personal. Lo administrará con fidelidad mientras el Señor lo permita y, cuando llegue el momento de entregarlo a otros, lo hará con gozo, sabiendo que la obra nunca fue suya.

Quizá una de las pruebas más grandes del verdadero llamado consiste precisamente en esto: ¿Podría seguir sirviendo con la misma alegría aunque mañana cambiara completamente mi responsabilidad? Si la respuesta es sí, probablemente nuestro corazón está descansando en el llamado del Señor. Si la respuesta es no, quizá debemos revisar si el cargo ha comenzado a ocupar el lugar que solamente Cristo debe tener.

Porque, al final de nuestra carrera, el Señor no nos preguntará cuántos años dirigimos un ministerio determinado. Nos preguntará si fuimos fieles. Y la fidelidad siempre pertenece al llamado, nunca al cargo.

Para reflexionar deberíamos preguntarnos: ¿Estamos enamorados del servicio o de la posición que ocupamos? ¿Cómo reaccionaríamos si mañana nuestras autoridades nos pidieran dejar la responsabilidad que desempeñamos? ¿Consideramos algunas tareas “demasiado pequeñas” para nuestra capacidad? ¿Nuestro gozo depende del cargo que tenemos o del privilegio de servir a Cristo?

Para poner en práctica les aconsejo: Busquen durante la siguiente semana colaborar voluntariamente en una tarea sencilla que normalmente pasa desapercibida. Háganlo sin anunciarlo y sin esperar reconocimiento. Al finalizar, pregúntense: “¿Nuestra satisfacción provino del trabajo que realizamos o de haber agradado al Señor?”

Oración personal: *“Señor Jesús, gracias porque me llamaste antes de confiarme cualquier responsabilidad. Ayúdame a recordar siempre que mi llamado es seguirte y servirte, cualquiera sea la tarea que me encomiendes. Guarda mi corazón de aferrarse a los cargos, a los reconocimientos o a las posiciones. Hazme fiel en lo pequeño y enséñame a servir con la misma alegría cuando soy visible y cuando nadie repara en mí. Que nunca confunda una responsabilidad temporal con el llamado eterno que me hiciste de caminar contigo” ¡Amén!*

Capítulo cinco

HUMILDAD: LA ESENCIA DE TODO SERVICIO

“La humildad no disminuye al servidor; lo coloca en el lugar donde Dios puede utilizarlo con libertad.”

Si hubiera que señalar una virtud que sostiene todas las demás dentro del servicio cristiano, esa virtud sería la humildad. No porque sea una cualidad más importante que el amor o la fe, sino porque constituye el terreno donde todas las demás pueden crecer saludablemente. Allí donde desaparece la humildad, el servicio comienza a deteriorarse, la autoridad pierde legitimidad y el corazón se vuelve cada vez más vulnerable al orgullo.

Por esa razón, la Escritura insiste repetidamente en este tema. Dios no solamente aprecia la humildad; la busca. No solamente la recomienda; la demanda de quienes desean caminar con Él. Desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento encontramos una misma enseñanza: el Señor resiste al soberbio, pero concede Su gracia al humilde (**Santiago 4:6**). Esa afirmación debería producir una profunda reflexión en todo aquel que sirve dentro de la iglesia. Nada resulta más

peligroso que realizar una tarea para Dios mientras el propio Dios resiste la actitud de nuestro corazón.

Sin embargo, antes de continuar, conviene responder una pregunta fundamental: ¿Qué es realmente la humildad?

Con frecuencia la confundimos con inseguridad, pasividad o una pobre valoración personal. Algunas personas creen que ser humildes significa negar las capacidades que Dios les ha dado o minimizar continuamente aquello que hacen. Otras imaginan que la humildad consiste en hablar siempre de sí mismas de manera negativa. Nada de eso corresponde al modelo que encontramos en Jesucristo.

El Señor jamás negó quién era. Nunca pidió disculpas por los dones que el Padre había puesto en Su vida. Nunca ocultó Su autoridad ni dejó de ejercerla cuando era necesario. Sabía perfectamente que había venido del Padre y que volvería al Padre. Conocía Su identidad con absoluta claridad. Y precisamente porque sabía quién era, podía tomar una toalla y lavar los pies de Sus discípulos.

La verdadera humildad no nace de pensar poco acerca de uno mismo. Nace de pensar correctamente acerca de uno mismo delante de Dios. Les recomiendo leer un libro mío titulado “La raíz de toda virtud”, que pueden bajar gratuitamente desde mi página personal.

El humilde reconoce que todo lo que posee lo ha recibido por gracia. Sus capacidades, sus dones, su

inteligencia, sus oportunidades de servir e incluso el deseo de obedecer al Señor son regalos inmerecidos. Por eso no necesita compararse con los demás ni buscar reconocimiento constante. Vive agradecido por lo que recibió y procura administrarlo para la gloria de Dios.

El orgullo, por el contrario, siempre busca apropiarse de aquello que en realidad pertenece al Señor. Comienza atribuyendo el éxito a sus propios méritos, considera que merece determinados privilegios y termina creyéndose indispensable para la obra de Dios. Poco a poco deja de depender de la gracia y empieza a confiar en sus propias fuerzas.

Este proceso suele ser silencioso. Rara vez alguien se propone convertirse en una persona orgullosa. Generalmente el orgullo se instala de manera casi imperceptible. Comienza cuando dejamos de agradecer. Continúa cuando empezamos a creer que nuestros logros son exclusivamente el resultado de nuestras capacidades. Finalmente se manifiesta cuando sentimos que las personas no reconocen suficientemente nuestra importancia.

Por eso el orgullo resulta tan peligroso. Tiene la capacidad de esconderse incluso detrás del servicio cristiano. Alguien puede predicar con excelencia y alimentar secretamente el deseo de ser admirado. Otro puede dirigir un ministerio con eficacia mientras espera recibir constantes elogios. Incluso es posible practicar una aparente humildad únicamente para que otros reconozcan cuán humildes somos.

El orgullo posee innumerables disfraces. Por esa razón debemos examinar continuamente las motivaciones del corazón. Los discípulos también tuvieron que aprender esta lección. En más de una ocasión discutieron entre ellos acerca de quién sería el mayor. Aquellas conversaciones revelaban que todavía interpretaban el Reino con categorías humanas. Seguían pensando en posiciones, jerarquías y reconocimiento.

Jesús respondió colocando a un niño en medio de ellos. No eligió a un sacerdote, no llamó a un escriba, no presentó como ejemplo a un gobernante. Simplemente escogió a un niño. La pregunta sería: ¿Por qué? Bueno, porque un niño pequeño no estaba preocupado por conservar prestigio delante de los demás. Dependía completamente de quienes lo cuidaban. No luchaba por ocupar los primeros lugares. Su sencillez ilustraba el tipo de corazón que Dios desea encontrar en quienes sirven dentro de Su Reino.

La humildad también se manifiesta en la disposición para aprender. El servidor orgulloso cree que ya sabe suficiente. Le cuesta recibir correcciones, escucha poco y habla demasiado. Interpreta cualquier observación como un ataque personal. Poco a poco deja de crecer, porque ha perdido la capacidad de ser enseñado.

El servidor humilde, en cambio, permanece aprendiendo durante toda la vida. Sabe que Dios puede utilizar a sus autoridades, a sus compañeros de equipo e incluso a creyentes mucho más jóvenes para mostrarle

aspectos que todavía necesita corregir. No se siente amenazado cuando recibe orientación. Al contrario, agradece que alguien lo ayude a crecer.

Esta actitud resulta indispensable dentro de la iglesia local. Ningún responsable de área debería considerarse dueño absoluto del conocimiento o de la experiencia. Siempre habrá espacio para mejorar, escuchar nuevas ideas y dejarse acompañar por quienes Dios puso como autoridades espirituales.

Existe otra manifestación de la humildad que pocas veces mencionamos. La humildad sabe alegrarse con el crecimiento de otros, sin embargo el orgullo siempre necesita ser el centro. La humildad disfruta viendo que Cristo se manifiesta en otros hermanos.

Cuando Bernabé llevó a Pablo a la iglesia de Antioquía, probablemente nadie imaginaba que aquel joven terminaría convirtiéndose en el principal expositor del evangelio entre los gentiles. Sin embargo, cuando Pablo comenzó a ocupar un lugar cada vez más visible, Bernabé no luchó por conservar protagonismo. Continuó sirviendo con la misma fidelidad. Su identidad no dependía de aparecer primero, sino de contribuir al avance de la obra de Dios.

Qué extraordinaria lección para quienes servimos hoy. No hemos sido llamados a competir entre nosotros, hemos sido llamados a complementarnos. Cuando una iglesia comprende este principio, desaparecen las rivalidades entre

ministerios. El equipo de alabanza deja de competir entre ellos, los jóvenes dejan de pretender protagonismo. Los líderes de células no buscan demostrar que su área es la más importante. Los servidores aprenden a celebrar los frutos que Dios produce en cualquier rincón de la congregación, porque entienden que todo pertenece al mismo Reino.

La humildad también nos ayuda a recibir los cambios con serenidad. Habrá temporadas en las que el Señor nos permitirá desarrollar una responsabilidad visible. En otras ocasiones nos pedirá servir desde lugares más discretos. El corazón humilde acepta ambas etapas con la misma gratitud, porque sabe que el privilegio nunca estuvo en el lugar ocupado, sino en caminar con Cristo.

Quizá una de las mayores evidencias de humildad consiste precisamente en esto: permanecer fiel cuando nadie nos observa. Servir con excelencia aunque nadie aplauda. Trabajar con alegría aunque otro reciba el reconocimiento. Continuar sembrando aunque los resultados todavía no sean visibles. Esa fue la vida de nuestro Señor, nunca buscó Su propia gloria, todo lo hizo para agradar al Padre, y precisamente por eso el Padre lo exaltó.

Aquí encontramos un principio que atraviesa toda la Escritura: el hombre que se exalta termina siendo humillado, pero el que se humilla delante de Dios será levantado por Él en el tiempo oportuno.

El Reino no necesita personas obsesionadas con crecer, necesita hombres y mujeres obsesionados con obedecer. La promoción pertenece al Señor, la fidelidad nos corresponde a nosotros. Por eso, cada vez que recibamos una nueva responsabilidad, conviene hacernos una pregunta sencilla pero profundamente reveladora: ¿Estoy dispuesto a servir con la misma alegría si nadie conoce mi nombre?

Si la respuesta es afirmativa, probablemente nuestro corazón está caminando por la senda de la humildad, porque el servidor humilde jamás trabaja para construir su propia reputación, sino que trabaja silenciosamente para que Cristo sea conocido, amado y glorificado. Luego descubre, con el paso de los años, que esa es la mayor honra que un hijo de Dios puede recibir.

Para reflexionar podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Cómo reaccionamos cuando alguien corrige nuestra manera de servir? ¿Nos alegramos sinceramente cuando otro hermano es utilizado por Dios con mayor visibilidad que nosotros? ¿Buscamos reconocimiento o procuramos agradar al Señor aunque nadie vea nuestro trabajo? ¿Qué evidencias de orgullo necesita el Espíritu Santo seguir transformando en nuestra vida?

Para poner en práctica les aconsejo: que durante la siguiente semana, pidan a una de sus autoridades espirituales o a un hermano maduro que les señale un aspecto concreto en el que pueden crecer como servidores, un punto de debilidad, o algo que les falte cultivar. Escuchen con

atención, sin justificarse ni explicar sus motivos. Oren luego al Señor y procuren aplicar esa corrección con gratitud. ¿Podrán hacer tal cosa sin ofenderse?

Oración personal: *“Padre amado, reconozco que toda buena dádiva proviene de Ti. Nada de lo que soy o tengo me pertenece por mérito propio. Guárdame del orgullo, de la autosuficiencia y de la búsqueda de reconocimiento. Dame un corazón enseñable, dispuesto a aprender, a corregirse y a servir con alegría, aun cuando nadie vea mi trabajo. Que mi mayor deseo sea reflejar el carácter de Cristo y que toda honra vuelva siempre a Ti. Hazme crecer en una humildad verdadera, nacida de la seguridad de ser Tu hijo y de la gratitud por Tu gracia. En el nombre de Jesús” ¡Amén!*

Capítulo seis

LA FIDELIDAD: EL REQUISITO DE TODO SERVIDOR

“Dios no busca primero personas capaces; busca personas confiables. La capacidad puede enseñarse; la fidelidad se cultiva en el corazón”.

Vivimos en una cultura que suele valorar profundamente el talento. Desde muy pequeños aprendemos a admirar a quienes destacan por sus capacidades. Se celebra la inteligencia, la creatividad, el liderazgo, la elocuencia, la habilidad para organizar o la facilidad para resolver problemas. Esa manera de pensar también ha influido sobre la Iglesia, hasta el punto de que, en ocasiones, pareciera que el requisito principal para servir fuera poseer determinadas aptitudes.

Sin embargo, cuando observamos cuidadosamente las Escrituras descubrimos que Dios establece un orden muy diferente, porque antes de buscar personas extraordinariamente capaces, busca personas profundamente fieles.

Este principio atraviesa toda la historia bíblica. El Señor no escogió a Noé porque fuera el constructor más experimentado de su generación, sino porque era un hombre justo que caminaba con Dios. No llamó a Abraham por su influencia social, sino porque encontró en él un corazón dispuesto a creer y obedecer.

Moisés no fue elegido por su seguridad personal; de hecho, intentó excusarse repetidas veces antes de aceptar la misión. David era el menor de sus hermanos y ni siquiera fue considerado por su padre cuando Samuel llegó para ungir al futuro rey. Los discípulos tampoco sobresalían por su preparación académica o por ocupar posiciones importantes dentro de la sociedad de su tiempo.

¿Qué vio Dios en todos ellos? Encontró personas que podían aprender a depender de Él. “La fidelidad siempre precede a la utilidad”.

Este principio resulta especialmente importante para quienes desean servir en la iglesia local. Es natural que valoremos la preparación, la experiencia y el desarrollo de los dones. Todo eso tiene su lugar. La Biblia nos anima a crecer, a capacitarnos y a servir con excelencia. Pero ninguna habilidad puede reemplazar un corazón fiel.

Un servidor muy talentoso, pero poco confiable, terminará produciendo más dificultades que bendición. En cambio, una persona fiel siempre podrá seguir creciendo, aprendiendo y desarrollando nuevas capacidades con el paso

del tiempo. Por eso Jesús habló con tanta frecuencia acerca de la fidelidad.

En la parábola de los talentos, cuando los siervos regresaron para rendir cuentas, el señor no los felicitó diciendo: “¡Qué inteligentes fueron!” o “¡Qué creativos resultaron!” Les dijo: **“Bien, buen siervo y fiel...” (Mateo 25:21)**. Es interesante notar que la alabanza no se dirige primero al resultado obtenido, sino al carácter demostrado durante el proceso.

La fidelidad es una forma de amar. Es permanecer cuando sería más fácil abandonar, es cuidar aquello que Dios nos confió aunque nadie esté observando, es cumplir la palabra dada incluso cuando hacerlo implica sacrificio, es continuar sirviendo con la misma dedicación cuando el entusiasmo inicial ya pasó.

En una época donde muchas personas viven impulsadas por las emociones, la fidelidad recuerda que el Reino se construye sobre decisiones sostenidas por la obediencia. Todo servidor experimentará momentos de entusiasmo y también momentos de cansancio. Habrá días en los que verá frutos abundantes y otros en los que parecerá que nada cambia. En algunas ocasiones recibirá gratitud; en otras, quizá ni siquiera sea notado. Precisamente allí aparece la verdadera fidelidad.

“En el Reino, no se trata de servir solamente cuando todo resulta agradable, consiste en permanecer siendo fieles, aun cuando la obediencia cueste”.

El apóstol Pablo comprendía muy bien esta realidad. Al escribir a los corintios expresó una frase que debería quedar grabada en el corazón de todo servidor: ***“Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”*** (1 Corintios 4:2). Observemos cuidadosamente sus palabras, no dice que se requiere que todos sean brillantes, no dice que todos posean grandes capacidades, no dice que todos obtengan resultados espectaculares, dice que sean hallados fieles.

La fidelidad es el requisito que Dios espera encontrar en quienes administran aquello que Él les ha confiado. Y aquí aparece una palabra muy importante: “administradores”. Un administrador nunca es dueño de aquello que maneja, simplemente cuida lo que pertenece a otro. Esa verdad cambia completamente nuestra manera de servir.

El ministerio infantil no nos pertenece, la alabanza no nos pertenece, la célula no nos pertenece, el equipo de multimedia no nos pertenece. Todo pertenece al Señor. Nosotros solamente administramos, durante un tiempo, aquello que Él decidió poner en nuestras manos.

Cuando comprendemos esto, desaparece la necesidad de controlar todo. Dejamos de sentirnos propietarios de los ministerios y aprendemos a servir con manos abiertas.

Administramos con responsabilidad, pero también con humildad, sabiendo que un día rendiremos cuentas al verdadero Dueño.

La fidelidad también se manifiesta en los pequeños detalles. A veces imaginamos que ser fiel consiste únicamente en permanecer muchos años dentro de un ministerio. Sin embargo, la fidelidad comienza mucho antes.

Es llegar a horario cuando hemos asumido un compromiso, es preparar con dedicación una enseñanza para los niños, es responder un mensaje cuando alguien necesita ayuda, es cumplir aquello que prometimos, es cuidar los recursos de la iglesia como si fueran propios, recordando que en realidad pertenecen al Señor, es hablar con verdad aun cuando resulte incómodo, es guardar confidencialidad cuando alguien deposita su confianza en nosotros.

La fidelidad rara vez produce grandes titulares. Generalmente se expresa mediante cientos de pequeñas decisiones que, acumuladas con el tiempo, forman un carácter confiable.

Existe además otro aspecto que merece nuestra atención. La fidelidad no depende de las circunstancias. José permaneció fiel tanto en la casa de Potifar como en la prisión. Daniel fue fiel tanto siendo joven cautivo como ocupando altas responsabilidades en Babilonia. Rut permaneció fiel cuando no tenía ninguna garantía acerca de su futuro. Todos

ellos demostraron que la fidelidad no cambia cuando cambian las condiciones.

El servidor del Reino necesita aprender esta lección. Habrá temporadas de abundancia y temporadas de escasez. Habrá momentos de reconocimiento y momentos de anonimato. Habrá épocas de crecimiento y otras de aparente estancamiento. La fidelidad permanece igual en todas ellas, porque no depende de las circunstancias, depende del carácter.

Quizá uno de los mayores errores de nuestro tiempo consiste en confundir éxito con aprobación divina. Hay ministerios pequeños profundamente fieles, y también existen ministerios muy visibles que han perdido la sencillez de obedecer.

Dios jamás nos pidió producir resultados que solamente Él puede dar. Nos pidió permanecer fieles. Los frutos pertenecen al Señor. La obediencia nos corresponde a nosotros. Al finalizar nuestra vida, probablemente el Señor no evaluará cuántas personas conocieron nuestro nombre. Examinará cómo administramos aquello que puso en nuestras manos.

No preguntará cuán famosos llegamos a ser, más bien preguntará si fuimos fieles. Y para un servidor del Reino no puede existir un reconocimiento mayor que escuchar algún día aquellas palabras pronunciadas por su Señor: ***“Bien,***

buen siervo y fiel...” Todo lo demás pasará. La fidelidad permanecerá para siempre.

Para reflexionar deberíamos preguntarnos: ¿Qué entiende nuestro corazón por “éxito” en el servicio cristiano? ¿Somos igual de fieles en las tareas pequeñas que en las responsabilidades visibles? ¿Existe algún compromiso asumido que necesitamos honrar con mayor diligencia? Si hoy el Señor evaluara nuestro servicio, ¿nos encontraría principalmente talentosos o principalmente fieles?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante la siguiente semana revisen cada responsabilidad que han asumido delante de Dios y de la iglesia. Pregúntense si existe algún área donde la rutina haya reemplazado la fidelidad. Elijan una acción concreta para renovar el compromiso: llegar con mayor puntualidad, preparar mejor el servicio, cumplir una promesa pendiente o dedicar más tiempo en oración por las personas a las que sirven.

Oración personal: *“Padre celestial, gracias porque Tú eres fiel en todo tiempo. Quiero reflejar ese mismo carácter en mi vida. Enséñame a ser confiable en lo pequeño y en lo grande, cuando soy visto y cuando nadie repara en mi trabajo. Líbrame de buscar únicamente resultados visibles y forma en mí un corazón constante, obediente y perseverante. Que cada responsabilidad que pongas en mis manos encuentre un administrador fiel, consciente de que todo te pertenece a Ti. En el nombre de Jesús”. ¡Amén!*

Capítulo siete

INTEGRIDAD: CUANDO LA VIDA SOSTIENE EL SERVICIO

“El mayor respaldo de un servidor no es la posición que ocupa, sino la coherencia entre lo que cree, lo que vive y lo que representa.”

Existen personas capaces de impresionar por sus conocimientos, por su facilidad para comunicarse o por su habilidad para organizar equipos de trabajo. Durante un tiempo pueden producir excelentes resultados y despertar la admiración de quienes los rodean. Sin embargo, tarde o temprano llega un momento en que toda apariencia queda al descubierto y solamente permanece aquello que realmente sostiene la vida de una persona: su carácter.

La Iglesia necesita servidores preparados, pero necesita mucho más hombres y mujeres íntegros. La capacidad puede abrir una puerta, pero la integridad es lo que permite permanecer dentro de ella. Quizá por esa razón la Escritura concede tanta importancia al carácter de quienes sirven al pueblo de Dios.

Cuando el apóstol Pablo describe las cualidades necesarias para quienes ejercerán responsabilidades dentro de la iglesia, sorprende comprobar que dedica mucho más espacio al carácter que a las habilidades. Habla de personas irrepreensibles, prudentes, sobrias, hospitalarias, dueñas de sí mismas, de buen testimonio y fieles en el manejo de su propia casa.

¿Por qué? Porque Dios sabe que el servicio jamás podrá sostenerse por mucho tiempo sobre una vida dividida. Podremos ocultar ciertas cosas durante un tiempo, podremos mantener una imagen delante de las personas. Pero nunca podremos engañar al Señor, que pesa los corazones.

La palabra integridad transmite precisamente esa idea de totalidad. Habla de una vida sin doblez, donde lo que mostramos públicamente coincide con lo que somos cuando nadie nos observa. El servidor íntegro no necesita construir personajes para cada circunstancia. Es el mismo delante del púlpito, en su hogar, en su trabajo, cuando conversa con sus autoridades y cuando permanece completamente solo delante de Dios.

David comprendía profundamente el valor de esta virtud. Al mirar hacia atrás sobre su vida pudo decir que había procurado caminar *“en la integridad de mi corazón”*. No afirmaba ser perfecto. La Biblia relata con absoluta sinceridad sus errores, sus pecados y las dolorosas consecuencias que estos trajeron sobre su familia y sobre la nación. Sin embargo, también muestra a un hombre que,

cuando era confrontado por Dios, no endurecía su corazón. Se arrepentía, confesaba su pecado y buscaba nuevamente la comunión con el Señor.

Aquí encontramos una diferencia muy importante. La integridad no significa ausencia de errores. Significa transparencia para reconocerlos y disposición para corregirlos. El orgulloso intenta ocultar sus faltas. El íntegro las lleva a la luz para que Dios produzca restauración.

Este principio resulta fundamental para quienes sirven dentro de la iglesia. Ningún servidor debería creer que su responsabilidad le exige aparentar una perfección inexistente. Esa presión termina produciendo vidas agotadas, relaciones superficiales y un enorme temor a ser descubiertos. El evangelio nunca nos llamó a representar personajes impecables; nos llamó a caminar en la luz.

El apóstol Juan escribe: ***“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros...”*** (1 Juan 1:7). Observemos cuidadosamente el texto. La verdadera comunión no nace de aparentar perfección, nace de vivir en la luz.

Donde hay transparencia, puede haber restauración. Donde todo se oculta, el pecado encuentra un lugar para crecer silenciosamente. Por eso el servidor del Reino debe cultivar una vida abierta delante de Dios y de las autoridades espirituales que Él ha establecido para acompañarlo. No

porque viva bajo sospecha, sino porque comprende que todos necesitamos ser cuidados.

La integridad también alcanza nuestras palabras. Vivimos en una época donde resulta fácil prometer más de lo que realmente pensamos cumplir. A veces, por entusiasmo o por el deseo de agradar, asumimos compromisos que luego no sostenemos. Sin embargo, Jesús enseñó que nuestro “sí” debe ser sí y nuestro “no”, no.

El servidor íntegro aprende a hablar con verdad. No exagera para impresionar, no manipula mediante información parcial, no utiliza el chisme disfrazado de preocupación espiritual, no comparte confidencias que le fueron confiadas. Entiende que sus palabras también representan al Reino de Dios.

Qué diferente sería la vida de muchas iglesias si todos cuidáramos este aspecto con mayor diligencia. La integridad también se refleja en el manejo de los recursos. Todo servidor, cualquiera sea su área de responsabilidad, administra bienes que pertenecen al Señor. Algunas veces serán recursos económicos. Otras veces serán equipos, materiales, instalaciones o simplemente el tiempo de otras personas.

Nada de eso debe tratarse con ligereza. Quien es descuidado con lo ajeno difícilmente será fiel cuando reciba mayores responsabilidades. La excelencia en el Reino no consiste en hacer las cosas con perfeccionismo obsesivo,

consiste en administrarlas con respeto porque pertenecen a Dios.

Existe además una dimensión de la integridad que pocas veces se menciona y, sin embargo, resulta decisiva: la vida privada. Nadie puede sostener durante mucho tiempo un ministerio saludable si descuida su comunión personal con el Señor.

Las personas podrán admirar nuestros mensajes, podrán valorar nuestra capacidad para dirigir. Incluso podrán agradecer el servicio que prestamos, pero si nuestra vida secreta comienza a deteriorarse, tarde o temprano todo lo demás terminará debilitándose.

Jesús enseñó que el Padre ve en lo secreto. ¡Qué extraordinaria verdad! El mundo solamente observa lo visible. Dios comienza mirando aquello que nadie más alcanza a ver. Por eso el servidor del Reino necesita proteger con especial cuidado esos espacios silenciosos donde se construye el verdadero carácter: la oración, la lectura de la Palabra, la adoración, el arrepentimiento sincero, el examen personal delante del Espíritu Santo. Es allí donde nace la integridad. No delante de una congregación, sino primeramente delante del Padre.

La familia constituye otra evidencia importante de esta virtud. Quien sirve al Señor nunca debería utilizar el ministerio como excusa para abandonar las responsabilidades que Dios le encomendó en su hogar. El

servicio cristiano jamás fue diseñado para competir con la familia. Por el contrario, una vida familiar saludable fortalece el testimonio público del servidor.

Los hijos observan mucho antes de escuchar. El cónyuge conoce aspectos del carácter que nadie más alcanza a ver. Por eso la coherencia dentro del hogar posee un enorme valor delante de Dios.

Quizá algunos de ustedes nunca ocupen una plataforma importante. Tal vez nunca escriban libros ni dirijan grandes ministerios, pero si sus hijos pueden reconocer a Cristo en la manera de vivir que tienen, habrán realizado uno de los servicios más valiosos que un creyente puede ofrecer.

Al llegar a este punto conviene recordar una verdad que nunca deberíamos olvidar. La integridad no se construye mediante grandes decisiones aisladas. Se forma diariamente, en cada palabra verdadera, en cada compromiso cumplido, en cada tentación resistida, en cada acto de obediencia cuando nadie observa, en cada momento de oración silenciosa, en cada decisión de honrar al Señor en lo pequeño.

Todo ello va formando, casi sin que lo advirtamos, una vida sólida sobre la cual Dios puede confiar nuevas responsabilidades. Y cuando los años pasan, descubrimos que el verdadero legado de un servidor nunca fueron solamente las tareas que realizó, sino la vida que dejó como ejemplo.

Porque las actividades terminan, los cargos cambian, los programas se modifican. Pero el testimonio de una vida íntegra continúa hablando mucho después de que el servidor haya concluido su carrera. Y quizá esa sea una de las contribuciones más valiosas que podamos ofrecer a la Iglesia de Jesucristo.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Existe coherencia entre la persona que somos en público y la que somos cuando nadie nos observa? ¿Hay alguna área de nuestra vida que necesite ser llevada a la luz delante de Dios y, si corresponde, ante nuestras autoridades espirituales? ¿Nuestra manera de hablar genera confianza y edificación en los demás? ¿Estamos administrando con fidelidad el tiempo, los recursos y las responsabilidades que el Señor nos ha confiado?

Para poner en práctica les aconsejo: Pueden reservar un tiempo esta semana para realizar un examen espiritual delante del Señor. Pídanle al Espíritu Santo que les revele cualquier área donde exista incoherencia entre sus vidas y el servicio. Si Él trae convicción sobre algún aspecto específico, tomen una decisión concreta para corregirlo y, cuando sea necesario, busquen el acompañamiento de una autoridad espiritual madura.

Oración personal: *“Padre santo, deseo servirte con un corazón sincero y una vida transparente. No permitas que mi servicio llegue a ser mayor que mi carácter ni que las responsabilidades oculten la necesidad de seguir creciendo*

delante de Ti. Forma en mí una integridad que abarque mis pensamientos, mis palabras, mis decisiones, mi familia, mi administración y mi comunión contigo. Que lo que soy en lo secreto sostenga siempre lo que hago en público. Y que mi vida refleje fielmente a Cristo, para que Tu nombre sea honrado en todo cuanto haga” ¡Amén!

Respecto del tema que he desarrollado en este capítulo, les recomiendo leer mi libro titulado: “El poder de la Integridad”, el cual pueden bajar gratuitamente desde mi página personal: www.osvaldorebolleda.com

Capítulo ocho

LA HONRA: ES CULTURA DEL REINO

“La honra no nace porque alguien sea perfecto; nace porque Dios nos enseña a reconocer y valorar aquello que Él mismo estableció.”

Vivimos en una época en la que el respeto por la autoridad, por la experiencia y aun por las personas mayores parece debilitarse cada vez más. La cultura contemporánea exalta la autonomía, celebra la independencia y muchas veces identifica cualquier forma de autoridad con dominación o abuso. Como consecuencia, también dentro de la iglesia aparecen creyentes que consideran innecesario aprender a honrar a quienes Dios ha puesto para servirles.

Sin embargo, el Reino de Dios posee una cultura completamente diferente. La honra ocupa un lugar central dentro de las relaciones que Dios establece con Su pueblo. No se trata simplemente de una norma de buena educación ni de una costumbre social. Es una actitud espiritual que nace de un corazón agradecido y que reconoce la mano de Dios obrando a través de otras personas.

Antes de hablar de la honra hacia los pastores, hacia las autoridades o hacia quienes sirven en diferentes responsabilidades, conviene recordar una verdad fundamental. Toda honra comienza en Dios, Él es el único digno de recibir honra absoluta.

Toda criatura encuentra su lugar únicamente cuando reconoce la supremacía del Señor. Por eso, el primer acto de honra consiste en rendir nuestro corazón delante de Cristo y reconocer que Él gobierna sobre todas las cosas. Pero el mismo Dios que recibe toda la gloria decidió establecer relaciones de autoridad, cuidado y servicio dentro de Su creación.

Honramos a nuestros padres porque Dios los estableció como instrumentos para darnos la vida, honramos a quienes nos enseñan porque reconocemos el valor de aquello que recibimos, honramos a quienes trabajan fielmente entre nosotros porque vemos la gracia de Dios actuando en sus vidas. En todos esos casos, la honra nunca termina en las personas, asciende finalmente hacia Dios.

Por eso el apóstol Pablo exhorta diciendo: ***“Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10).*** Observemos cuidadosamente estas palabras. Pablo no dice: “Esperad que los demás os honren”, sino que dice exactamente lo contrario.

Cada creyente debe tomar la iniciativa de honrar. Esto cambia completamente nuestra perspectiva. La honra no depende de recibir reconocimiento, depende de decidir otorgarlo. Cuando comprendemos esto, dejamos de preguntarnos quién nos valora suficientemente y comenzamos a preguntarnos de qué manera podemos valorar a quienes Dios ha puesto a nuestro alrededor.

Esta actitud transforma profundamente la vida de una iglesia. Donde existe honra desaparecen muchas competencias innecesarias. Los ministerios dejan de verse como rivales. Los servidores aprenden a celebrar el trabajo de los demás. Las diferencias dejan de convertirse en amenazas. Cada uno procura contribuir al crecimiento del otro.

La honra crea un ambiente donde las personas florecen. También es importante comprender aquello que la honra no significa. Honrar no implica considerar perfectas a las personas. Las autoridades espirituales continúan siendo seres humanos. Los pastores pueden equivocarse, y los líderes de áreas también. Los ancianos necesitan seguir creciendo como cualquier otro creyente. La honra no consiste en negar esa realidad, sino que consiste en reconocer que Dios decidió obrar a través de personas imperfectas.

Si esperáramos perfección para honrar a alguien, jamás honraríamos a nadie. Porque todos seguimos necesitando la gracia del Señor. Este principio resulta especialmente importante dentro de la iglesia local.

Con el paso del tiempo, quienes sirven cerca de sus pastores llegan a conocer también sus limitaciones humanas. Descubren que se cansan, que enfrentan luchas, que algunas decisiones podrían haberse tomado de otra manera. En ese momento aparece una oportunidad extraordinaria para crecer espiritualmente.

El creyente inmaduro pierde la capacidad de honrar cuando descubre las debilidades humanas de quienes lo conducen. El creyente maduro aprende a distinguir entre la fragilidad de la persona y la función que Dios le ha confiado. No honra porque considere perfecto al hombre, sino que honra porque reconoce el diseño del Señor.

Jesús mismo enseñó algo sorprendente cuando habló acerca de los escribas y fariseos. Criticó duramente su hipocresía, pero al mismo tiempo reconoció la autoridad del lugar que ocupaban al enseñar la Ley de Moisés. Aquellas palabras muestran que es posible discernir errores sin perder una actitud respetuosa hacia el orden que Dios estableció.

Esta verdad también protege a la iglesia de otro extremo igualmente peligroso. Honrar no significa justificar el pecado, no implica encubrir abusos, no exige callar frente a situaciones que requieren corrección bíblica. La Escritura misma establece procedimientos para tratar el pecado y para corregir a quienes ejercen responsabilidades espirituales.

Por lo tanto, la honra jamás debe utilizarse como argumento para proteger conductas injustas. La verdadera

honra siempre camina de la mano de la verdad. Precisamente porque amamos la verdad, también deseamos que quienes sirven al Señor vivan conforme a ella.

Otro aspecto que merece nuestra atención es la honra entre compañeros de servicio. Con frecuencia pensamos únicamente en honrar a quienes poseen mayores responsabilidades. Sin embargo, Pablo exhorta a preferirnos unos a otros. Eso significa aprender a valorar también a quienes sirven silenciosamente junto a nosotros.

El hermano que llega temprano cada semana para preparar el templo, la hermana que visita discretamente a quienes atraviesan momentos difíciles. Quien dedica largas horas organizando materiales para los niños. Quien permanece detrás de una consola de sonido procurando que todo funcione correctamente. Muchos de ellos jamás recibirán un reconocimiento público. Sin embargo, una iglesia madura aprende a expresar gratitud por esos servicios cotidianos.

La honra también se manifiesta mediante palabras. Vivimos en una cultura donde resulta muy fácil señalar errores. Con frecuencia observamos aquello que falta, pero olvidamos agradecer aquello que Dios ya está haciendo.

El servidor del Reino procura desarrollar la costumbre de animar, valorar y reconocer el esfuerzo sincero de los demás. No mediante adulaciones vacías, sino expresando gratitud auténtica.

Una palabra de reconocimiento pronunciada con sinceridad puede fortalecer profundamente el corazón de quien lleva mucho tiempo sirviendo con fidelidad. Quizá nunca sepamos cuánto bien produce una expresión oportuna de honra.

Existe además un fruto muy hermoso de esta virtud. Quien aprende a honrar también aprende a recibir. El orgulloso cree que no necesita de nadie, pero el humilde reconoce continuamente todo lo que ha recibido a través de otros. Cada enseñanza, cada corrección, cada consejo, cada oración, cada oportunidad.

Todo ello forma parte de la gracia de Dios manifestándose mediante personas. Cuando descubrimos esto, el orgullo pierde terreno y la gratitud comienza a gobernar nuestro corazón.

Finalmente, conviene recordar que la honra nunca persigue beneficios personales. No honramos para obtener favores. No honramos para ganar influencia. No honramos esperando recibir algo a cambio. Honramos porque esa es la cultura del Reino, porque Cristo honró al Padre hasta la cruz, porque el Espíritu Santo glorifica continuamente al Hijo, porque el Padre exalta al Hijo.

Toda la Trinidad nos muestra una relación perfecta donde nadie busca su propia gloria. Si esa es la atmósfera del cielo, también debe ser la atmósfera de la Iglesia. Al final de

todo, una congregación donde existe honra se convierte en un lugar seguro para crecer.

Los pastores sirven con alegría, los servidores colaboran con libertad. Las nuevas generaciones encuentran modelos dignos de imitar, y Cristo ocupa verdaderamente el centro. Porque donde la honra gobierna, el orgullo pierde su lugar, y donde el orgullo desaparece, el Reino encuentra un ambiente propicio para manifestarse.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Expresamos con frecuencia gratitud hacia las personas que Dios utiliza para bendecir nuestra vida? ¿Nos resulta más fácil señalar errores o reconocer virtudes en quienes sirven junto a nosotros? ¿Existe alguna persona a la que necesitamos volver a honrar con nuestras palabras o con nuestras actitudes? ¿Comprendemos la diferencia entre honrar a una autoridad y considerarla perfecta?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante esta semana, escriban una nota, envíen un mensaje o expresen personalmente su gratitud a alguien que haya influido positivamente en sus vidas espirituales y que probablemente nunca hayan recibido suficiente reconocimiento. Háganlo sin exageraciones, simplemente expresando con sinceridad el valor que esa persona ha tenido en el caminar con Cristo.

Oración personal: *“Padre amado, gracias porque Tú has puesto personas en mi camino para enseñarme,*

*cuidarme y ayudarme a crecer. Líbrame de la crítica permanente, de la indiferencia y del orgullo que impide reconocer el valor de los demás. Enséñame a honrar con sinceridad, sabiendo que toda buena dádiva proviene de Ti y que muchas de ellas llegan a través de quienes has colocado a mí alrededor. Forma en mí un corazón agradecido, respetuoso y generoso para valorar a mis hermanos y a quienes sirven fielmente en Tu obra. Que mi manera de honrar refleje siempre el carácter de Cristo y contribuya a edificar la unidad de Tu Iglesia. En el nombre de Jesús”
¡Amén!*

Capítulo nueve

LA SUJECCIÓN: COOPERANDO CON EL ORDEN DEL REINO

“La verdadera sujeción no disminuye la dignidad del creyente; lo integra al orden mediante el cual Dios edifica a Su pueblo.”

Pocas palabras han sido tan mal comprendidas dentro de la iglesia contemporánea como la palabra sujeción. Para algunos representa una amenaza contra la libertad cristiana. Otros la relacionan con experiencias de manipulación o abuso espiritual. También existen quienes la utilizan para justificar formas de liderazgo que poco tienen que ver con el carácter de Cristo.

Como consecuencia, muchos creyentes han desarrollado una reacción casi automática frente a cualquier enseñanza sobre autoridad espiritual. Sin embargo, el problema no se encuentra en el diseño de Dios. El problema aparece cuando ese diseño es distorsionado por el orgullo humano. No es que no tenga empatía con aquellos hermanos que han sufrido por medio de liderazgos abusivos, solo que

el diseño del Reino no puede ser rechazado por causa de alguna mala experiencia personal.

Toda verdad puede ser mal utilizada, es lógico que el enemigo procure atacar, todo lo que sea legítimo en el Reino para generar descrédito. La gracia puede convertirse en libertinaje, la fe puede transformarse en presunción, la libertad puede terminar justificando independencia, y la autoridad puede degenerar en autoritarismo.

Pero el abuso de una verdad nunca elimina su valor, por el contrario, nos obliga a comprenderla correctamente. Desde el principio de la Escritura descubrimos que Dios obra mediante un orden. La creación misma refleja esa realidad. El universo no funciona por casualidad. Existe armonía, propósito y relaciones establecidas por el Creador.

Lo mismo sucede con Su pueblo. Cuando Dios llamó a Israel, levantó personas para conducir, enseñar, juzgar y cuidar a la nación. Más tarde, en el Nuevo Testamento, Cristo constituyó apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio (**Efesios 4:11 y 12**).

Observemos cuidadosamente este detalle. Cristo sigue siendo la única Cabeza de la Iglesia. Toda autoridad humana permanece subordinada a Él. Ningún pastor ocupa el lugar de Cristo, ningún apóstol reemplaza al Señor, ningún anciano posee autoridad independiente. Todos sirven bajo la autoridad suprema del Rey.

Esta verdad resulta indispensable. Cuando olvidamos que toda autoridad es delegada, aparecen los abusos, cuando olvidamos que Dios decidió delegarla, aparece la anarquía espiritual. El Reino evita ambos extremos.

Por una parte rechaza toda forma de dominación, y por otra parte rechaza toda forma de independencia. La autoridad espiritual nunca fue diseñada para controlar personas, fue establecida para equiparlas, protegerlas, corregirlas y conducir las hacia la madurez.

Pablo describe ese propósito al afirmar que los ministerios existen para perfeccionar a los santos, para la obra del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo. Notemos algo maravilloso, la meta nunca es producir dependencia hacia el líder, la meta es producir madurez en el creyente.

Toda autoridad sana trabaja para que Cristo sea formado en las personas, no para que las personas dependan permanentemente de ella. Este principio cambia completamente la manera de entender la sujeción. No nos sujetamos porque alguien sea más valioso que nosotros, nos sujetamos porque reconocemos el orden mediante el cual Dios decidió edificar Su Iglesia.

Aquí conviene detenemos en una verdad que suele generar confusión. Ante Dios todos somos iguales. Todos fuimos redimidos por la misma sangre, todos somos hijos,

todos formamos parte del sacerdocio santo, todos tenemos libre acceso al Padre mediante Jesucristo.

En ese sentido no existen categorías espirituales superiores. Sin embargo, igualdad de dignidad no significa igualdad de función. El mismo cuerpo humano ilustra esta realidad. Es decir, todos los órganos poseen el mismo valor para la vida, pero no todos realizan la misma tarea.

El ojo no reemplaza a la mano, el corazón no cumple la función del pulmón. Cada miembro aporta aquello para lo cual fue diseñado. La Iglesia funciona de manera semejante. Todos pertenecemos al mismo Señor, pero no todos recibimos la misma responsabilidad.

Reconocer esa diversidad no disminuye a nadie, por el contrario, enriquece el funcionamiento del cuerpo. Por eso un líder de alabanza no necesita convertirse en pastor para sentirse importante. Un coordinador de niños no necesita intervenir en cada decisión pastoral para demostrar su valor.

El responsable de multimedia no necesita opinar sobre el gobierno general de la congregación para sentirse parte de ella. Cada servidor honra al cuerpo cuando desarrolla con excelencia la responsabilidad que le fue confiada. Precisamente allí encontramos uno de los mayores desafíos para quienes sirven en áreas específicas de la iglesia.

Es natural que, con el paso del tiempo, adquieran experiencia, desarrollen criterio y aporten ideas valiosas. Los

pastores sabios escuchan a sus colaboradores y valoran sinceramente sus aportes. La autoridad espiritual no debería confundirse jamás con aislamiento o autosuficiencia.

Pero también es necesario comprender que escuchar no significa transferir el gobierno de la congregación. Existe una diferencia entre colaborar en una visión y conducirla. El liderazgo general de la iglesia posee la responsabilidad de discernir el rumbo de la casa delante del Señor, y los líderes de áreas participan activamente en ese proceso aportando sus dones, su experiencia y su trabajo, pero siempre dentro del marco de la visión que Dios ha confiado a quienes conducen la congregación.

Lejos de empobrecer el servicio, este orden lo fortalece. Cada persona puede concentrar sus energías en desarrollar aquello para lo cual fue llamada, sin competir por espacios que Dios no le ha asignado.

La sujeción también protege al servidor. Vivimos en una cultura que exalta la autonomía absoluta. Sin embargo, nadie crece completamente solo. Todos necesitamos personas que nos animen cuando estamos desanimados, o que nos corrijan cuando comenzamos a desviarnos, que nos ayuden a discernir decisiones importantes, que oren con nosotros, que nos recuerden verdades que quizá, por un momento, dejamos de ver.

Aceptar esa ayuda nunca disminuye nuestra madurez, sino que la demuestra. El creyente orgulloso interpreta toda

corrección como una amenaza, pero el creyente maduro la recibe como una expresión del cuidado de Dios.

Por supuesto, esta realidad también impone una enorme responsabilidad sobre quienes ejercen autoridad espiritual. Ningún pastor recibió permiso para enseñorearse del rebaño. Pedro exhorta claramente a los ancianos a apacentar la grey de Dios ***“no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”*** (1 Pedro 5:3). ¡Qué extraordinario equilibrio!

La autoridad existe, pero se debe expresar mediante el ejemplo. Existe dirección, pero también servicio. Existe responsabilidad, pero acompañada de humildad. La autoridad cristiana jamás encuentra su legitimidad en la imposición, sino que la encuentra en un carácter que refleja a Cristo. Por eso, cuanto mayor es la responsabilidad que Dios confía a una persona, mayor debe ser también su disposición para servir.

Jesús lo expresó con absoluta claridad cuando dijo: ***“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor”*** (Marcos 10:43). Estas palabras transforman completamente la comprensión del liderazgo.

En el Reino, ascender significa descender para lavar los pies de los demás. Gobernar significa servir y dirigir significa cuidar. Autoridad significa responsabilidad, pero nunca privilegio. Al comprender esto desaparece la falsa oposición entre autoridad y libertad.

El creyente maduro puede vivir plenamente libre en Cristo y, al mismo tiempo, cooperar gozosamente con el orden que Dios estableció para Su Iglesia, porque entiende que la verdadera libertad nunca consiste en hacer lo que uno quiere, sino que consiste en vivir conforme al diseño del Señor. Y cuando una congregación abraza esta cultura, algo extraordinario comienza a suceder.

Las autoridades sirven con humildad, los servidores colaboran con alegría, las diferencias de función dejan de producir competencia, la visión avanza con unidad, pero Cristo siempre permanece en el centro. Y la Iglesia crece ***“bien concertada y unida entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente”***, como escribió el apóstol Pablo.

¡Ese es el orden del Reino! No un orden para controlar, sino un orden para que la vida de Cristo pueda fluir libremente a través de todo Su Cuerpo.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Entendemos la sujeción como una limitación de nuestra libertad o como una forma de cooperar con el diseño de Dios? ¿Recibimos con humildad la orientación y la corrección de nuestras autoridades espirituales? ¿Estamos desarrollando con excelencia la responsabilidad que Dios nos confió o vivimos comparándonos con otras funciones dentro de la iglesia? Si algún día Dios nos concede mayor responsabilidad, ¿estamos dispuestos a ejercerla como servicio y no como privilegio?

Para poner en práctica les aconsejo: Orar esta semana por quienes tienen la responsabilidad de conducir la congregación. Además, conversar con el pastor o con el responsable directo de tu área y preguntarle de qué manera puedes contribuir mejor al cumplimiento de la visión de la iglesia. Escucha con un corazón dispuesto y procura alinear tu servicio con ese propósito común.

Oración personal: *“Señor Jesús, gracias porque Tú eres la única Cabeza de la Iglesia y porque has establecido un orden para cuidar, edificar y hacer crecer a Tu pueblo. Líbrame tanto del orgullo que rechaza toda autoridad como del temor que acepta prácticas que no reflejan Tu carácter. Enséñame a vivir en una sujeción nacida del amor, de la honra y de la confianza en Tu diseño. Ayúdame a servir con humildad, a recibir corrección con mansedumbre y a colaborar con fidelidad en la visión que has confiado a mi congregación. Y si algún día me confías mayor responsabilidad, que jamás olvide que la autoridad en Tu Reino siempre se expresa mediante el servicio” ¡Amén!*

Capítulo diez

RESPONSABILIDAD: FIELES ANTE LO QUE DIOS NOS CONFÍA

“El servidor del Reino no trabaja como quien cumple una obligación, sino como un mayordomo que un día dará cuentas de aquello que el Señor puso en sus manos.”

Uno de los errores más frecuentes al hablar del servicio cristiano consiste en reducir la responsabilidad al simple cumplimiento de determinadas tareas. Se piensa que una persona responsable es aquella que llega a horario, cumple con lo que se le asigna y procura hacer bien su trabajo. Todo eso, sin duda, forma parte de la responsabilidad, pero el Reino de Dios nos invita a contemplar esta virtud desde una perspectiva mucho más elevada.

La responsabilidad no nace del compromiso con una actividad, sino de la conciencia de que todo cuanto hacemos pertenece al Señor y será evaluado por Él. En otras palabras, la responsabilidad no es únicamente una cuestión de disciplina; es, ante todo, una expresión de nuestra mayordomía.

La Biblia presenta al creyente como un administrador de bienes que no le pertenecen. Esta verdad atraviesa toda la Escritura y alcanza cada aspecto de la vida. No administramos únicamente recursos económicos; administramos el tiempo que Dios nos concede, los dones que depositó en nosotros, las oportunidades de servir, las personas que coloca a nuestro cuidado y aun el testimonio que damos delante del mundo.

Todo ello constituye un depósito sagrado que un día deberemos presentar delante del Señor. Por esa razón, el apóstol Pablo afirma que *“se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”* (1 Corintios 4:2). Obsérvese que no dice simplemente que sean eficientes, sino fieles. La eficiencia puede producir resultados visibles; la fidelidad revela el corazón con el que administramos aquello que hemos recibido.

Cuando un creyente comprende esta realidad, cambia por completo la manera en que realiza incluso las tareas más sencillas. Ya no acomoda unas sillas porque alguien se lo pidió; las acomoda sabiendo que está preparando un lugar donde otras personas escucharán la Palabra de Dios. Ya no revisa un equipo de sonido solamente para evitar inconvenientes técnicos; entiende que ese servicio contribuirá a que el evangelio sea anunciado con claridad.

Quien recibe a las personas en la puerta no está simplemente saludando asistentes; está representando la hospitalidad de Cristo. Quien enseña a los niños no está

entreteniendo un grupo durante una hora; está sembrando la Palabra en corazones que el Señor ama profundamente. Cuando el servicio se contempla desde esta perspectiva, desaparece la idea de que existen tareas importantes y tareas secundarias. Todo cuanto se realiza para la gloria de Dios adquiere una dignidad extraordinaria.

Esta comprensión también nos libra de un peligro muy común: trabajar únicamente cuando alguien nos observa. El servidor cuya motivación depende del reconocimiento humano suele ser diligente en presencia de sus autoridades, pero descuidado cuando nadie supervisa su labor. En cambio, quien ha entendido que sirve al Señor mantiene la misma excelencia en cualquier circunstancia, porque sabe que el verdadero Observador nunca aparta Su mirada.

Jesús enseñó este principio cuando exhortó a Sus discípulos a realizar sus obras para el Padre, que ve en lo secreto. Aquellas palabras no fueron pronunciadas para producir temor, sino para recordar que el valor del servicio nunca depende de la visibilidad que tenga delante de los hombres, sino de la fidelidad con que es ofrecido delante de Dios.

Existe, además, otro aspecto de la responsabilidad que merece una atención especial dentro de la iglesia local. Todo servidor debe aprender que aceptar una tarea implica asumir un compromiso. En una cultura marcada por la improvisación y la inmediatez, resulta fácil adquirir el hábito de responder según el estado de ánimo del momento. Si hoy

sentimos entusiasmo, participamos con alegría; si mañana estamos cansados o simplemente apareció otra actividad que nos resulta más atractiva, abandonamos aquello que habíamos prometido hacer.

Sin embargo, el Reino de Dios nos enseña que la palabra dada posee un enorme valor. Cuando una persona acepta servir en un área determinada, otras personas comenzarán a organizar su trabajo contando con esa colaboración. La falta de responsabilidad rara vez afecta solamente a quien la practica; casi siempre termina produciendo dificultades para todo el equipo.

Esto explica por qué la responsabilidad también constituye una forma de amar a nuestros hermanos. Cada vez que cumplimos fielmente aquello que nos corresponde, facilitamos el trabajo de quienes sirven junto a nosotros. Cada vez que avisamos con tiempo una ausencia inevitable, permitimos que otros puedan reorganizarse.

Cada vez que llegamos preparados a una reunión, evitamos que el esfuerzo colectivo se vea afectado por nuestra negligencia. La responsabilidad nunca es un acto individual; siempre tiene consecuencias comunitarias. La iglesia funciona como un cuerpo precisamente porque cada miembro realiza la función que le corresponde para beneficio de los demás.

No obstante, también debemos evitar el extremo opuesto. Hay servidores que, movidos por un sincero deseo

de hacer bien las cosas, terminan creyendo que toda responsabilidad depende exclusivamente de ellos. Poco a poco dejan de delegar, asumen cargas que otros podrían compartir y llegan a sentirse indispensables para el funcionamiento del ministerio. Aunque esta actitud suele nacer de buenas intenciones, en realidad revela una comprensión incompleta de la mayordomía cristiana.

El administrador fiel cuida aquello que recibió, pero nunca olvida que el verdadero Dueño continúa siendo el Señor. Por eso trabaja con diligencia, pero también con descanso; se esfuerza con excelencia, pero sin caer en la ansiedad de pensar que todo depende de sus propias fuerzas. La responsabilidad nunca debe convertirse en una forma de autosuficiencia.

Jesús mismo nos dejó el ejemplo perfecto. Nadie asumió una responsabilidad mayor que Él. Había venido a cumplir la voluntad del Padre y a entregar Su vida por la redención del mundo. Sin embargo, durante Su ministerio nunca actuó dominado por la prisa o el desorden. Sabía cuándo detenerse para orar, cuándo dedicar tiempo a Sus discípulos y cuándo apartarse de las multitudes.

Su vida revela una profunda armonía entre el compromiso absoluto con la misión y la dependencia permanente del Padre. Esta enseñanza resulta muy valiosa para quienes sirven hoy en la iglesia. La responsabilidad no consiste en hacer cada vez más cosas, sino en hacer con fidelidad aquello que Dios realmente nos encomendó.

Al comprender todo esto, descubrimos que la responsabilidad no es una carga pesada impuesta sobre los hombros del creyente. Es un privilegio. Dios, en Su gracia, ha querido confiar parte de Su obra a hombres y mujeres imperfectos. Ha decidido permitirnos colaborar con aquello que Él mismo está haciendo en el mundo.

Cada tarea que recibimos, por sencilla que parezca, constituye una expresión de esa confianza. Servir con responsabilidad, entonces, es responder con gratitud al honor inmerecido de haber sido llamados a participar en la obra del Reino. Y cuando esa convicción gobierna el corazón, el servicio deja de ser una obligación para convertirse en una expresión gozosa de adoración.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Vemos las responsabilidades que desempeñamos como simples tareas o como una mayordomía delante del Señor? ¿Nuestro compromiso depende de nuestro estado de ánimo o de la palabra que hemos dado? ¿Estamos cuidando los recursos, el tiempo y las personas que Dios ha puesto bajo nuestra responsabilidad? ¿Hemos caído en la tentación de creernos indispensables para el ministerio que llevamos adelante?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante los próximos días revisen las responsabilidades que actualmente desempeñan en la iglesia. Pregúntense honestamente si cada una de ellas está siendo administrada con excelencia y gratitud. Si descubren algún aspecto descuidado, no esperen

a que otros los señalen. Tomen la iniciativa de corregirlo como una expresión del amor por el Señor y por la iglesia.

Oración personal: “Padre amado, gracias porque has querido confiarme el privilegio de servir en Tu obra. Reconozco que nada de lo que administro me pertenece; todo proviene de Ti y a Ti habrá de volver. Enséñame a ser un mayordomo fiel, diligente y agradecido. Líbrame tanto de la negligencia como de la autosuficiencia, y ayúdame a cumplir cada responsabilidad con excelencia, no para buscar reconocimiento, sino para honrar Tu nombre y bendecir a Tu pueblo. Que cada tarea que realice sea una expresión de amor hacia Ti y hacia mis hermanos. En el nombre de Jesús”
¡Amén!

Respecto de tema que he desarrollado en este capítulo, les recomiendo leer mi libro titulado: “Responsabilidad según Dios”, estoy seguro que encontrarán mucha riqueza al respecto. Lo pueden bajar gratuitamente desde mi página personal www.osvaldorebolleda.com

Capítulo once

TRABAJO EN EQUIPO UN SOLO CUERPO

“La unidad de la Iglesia no se construye porque todos pensemos igual, sino porque todos participamos de una misma vida: la vida de Cristo.”

Uno de los mayores desafíos que enfrenta cualquier congregación no consiste en reunir personas con capacidades diferentes, sino en lograr que esas capacidades confluyan armónicamente para el cumplimiento de un mismo propósito. La historia de la Iglesia demuestra que Dios nunca ha trabajado levantando individuos aislados, sino formando un pueblo.

Desde el llamamiento de Israel hasta el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés, el Señor ha manifestado Su propósito a través de una comunidad donde cada uno aporta aquello que recibió de Su gracia para beneficio de los demás.

Esta realidad resulta especialmente importante para quienes sirven en las diferentes áreas de la iglesia local, porque el verdadero servicio nunca se desarrolla en

aislamiento. Aun cuando una tarea parezca individual, siempre forma parte de una obra mucho mayor que Dios está realizando en medio de Su pueblo.

Vivimos, sin embargo, en una cultura profundamente individualista. Desde muy temprano aprendemos a valorar los logros personales, el reconocimiento individual y la superación propia. Sin advertirlo, esa manera de pensar puede trasladarse también al servicio cristiano.

Entonces aparecen ministerios que funcionan como compartimentos independientes, equipos que compiten entre sí por recursos o reconocimiento, y servidores que terminan identificándose más con su propia área que con la vida de toda la congregación. Poco a poco comienza a perderse la conciencia de que ninguno de nosotros trabaja para construir “su ministerio”, sino para colaborar en la edificación de una única Iglesia cuyo dueño es Jesucristo.

El apóstol Pablo enfrentó una situación semejante en la iglesia de Corinto. Aquella congregación poseía abundancia de dones espirituales, pero también experimentaba divisiones, rivalidades y una marcada tendencia a exaltar determinadas personas o ministerios por encima de otros.

La respuesta del apóstol no consistió en reorganizar la estructura administrativa de la iglesia, sino en recordarles una verdad mucho más profunda: ***“Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”*** (1 Corintios

12:27). Con esta imagen, Pablo no estaba utilizando una simple ilustración pedagógica.

Estaba describiendo una realidad espiritual. La Iglesia no funciona como una asociación de voluntarios que deciden colaborar en un proyecto común; funciona como un organismo vivo cuya existencia depende de la vida de Cristo que circula por cada uno de sus miembros.

Esta diferencia cambia completamente nuestra manera de entender el trabajo en equipo. En una organización humana puede alcanzarse cierto grado de cooperación mediante normas, reglamentos o incentivos. En el Reino de Dios, en cambio, la verdadera unidad nace de reconocer que ninguno de nosotros existe para sí mismo.

Así como la mano no trabaja para su propio beneficio ni el ojo busca su propia gloria, tampoco el servidor cristiano desarrolla su tarea para alcanzar reconocimiento personal. Cada don, cada capacidad y cada responsabilidad encuentran su verdadero significado únicamente cuando contribuyen al crecimiento de todo el cuerpo.

Esta perspectiva también nos ayuda a comprender la riqueza de la diversidad que Dios ha establecido dentro de la Iglesia. Con frecuencia tendemos a valorar más aquellas tareas que resultan visibles delante de la congregación. La predicación, la dirección de la alabanza o determinadas responsabilidades públicas suelen recibir mayor atención que otros servicios discretos que permanecen casi ocultos.

Sin embargo, el apóstol Pablo insiste en que precisamente los miembros que parecen más débiles o menos visibles son indispensables para el funcionamiento del cuerpo. Esta afirmación constituye una profunda corrección para nuestra manera de evaluar el servicio cristiano. El valor de una tarea nunca depende de la cantidad de personas que la observan, sino de la importancia que tiene dentro del propósito de Dios.

Cuando esta verdad penetra en el corazón del servidor, desaparece la necesidad de competir. Ya no resulta necesario demostrar que un ministerio es más importante que otro, ni buscar espacios de mayor protagonismo para sentirse realizado.

El responsable de la escuela de niños puede alegrarse sinceramente por el crecimiento del ministerio de jóvenes. Quien sirve en el área de recepción celebra con gratitud el fruto del equipo de evangelismo. Los encargados de la limpieza entienden que su labor también prepara un ambiente digno para la adoración del pueblo de Dios. Cada servidor descubre que el éxito de los demás también constituye su propio gozo, porque todos participan de la misma misión y sirven al mismo Señor.

Esta comprensión exige, sin embargo, una profunda renuncia al orgullo. El trabajo en equipo solamente es posible cuando dejamos de buscar nuestro propio interés para procurar el bien común. Pablo expresa este principio con extraordinaria claridad al exhortar a los filipenses: ***“Nada***

hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3). Estas palabras no nos invitan a negar los dones que Dios nos ha concedido ni a adoptar una falsa modestia.

Nos llaman a reconocer el valor de nuestros hermanos y a comprender que el crecimiento de ellos también glorifica a Cristo. En una iglesia donde esta actitud gobierna el corazón de los servidores, la competencia deja lugar a la colaboración y la búsqueda de prestigio es reemplazada por el deseo de servir.

Existe además un aspecto práctico que merece ser destacado. Trabajar en equipo implica aprender a depender unos de otros. Ningún servidor posee todos los dones, toda la experiencia ni toda la perspectiva necesaria para responder correctamente a cada situación. Dios, en Su sabiduría, distribuyó las capacidades entre muchos miembros precisamente para que todos aprendamos a necesitarnos mutuamente.

Esta dependencia no constituye una debilidad; forma parte del diseño del Reino. Quien pretende hacerlo todo por sí mismo termina agotándose y, al mismo tiempo, impide que otros desarrollen los dones que el Señor les ha confiado. En cambio, el servidor que aprende a compartir responsabilidades no solamente multiplica la eficacia del trabajo, sino que también contribuye al crecimiento espiritual de quienes sirven junto a él.

Naturalmente, esta forma de trabajar requiere desarrollar virtudes que no siempre surgen de manera espontánea. La paciencia para escuchar opiniones diferentes, la disposición para ceder cuando otra propuesta resulta mejor, la humildad para reconocer un error y la capacidad de alegrarse por los logros ajenos forman parte del carácter que el Espíritu Santo desea producir en nosotros.

En realidad, muchas veces Dios utiliza precisamente el trabajo en equipo como un instrumento para moldear nuestro corazón. Es fácil considerarnos pacientes cuando trabajamos solos; resulta mucho más desafiante cultivar esa paciencia cuando debemos coordinar esfuerzos con personas que piensan, sienten y actúan de manera distinta. Sin embargo, es allí donde el Señor nos enseña a reflejar el carácter de Cristo.

También conviene recordar que la unidad del equipo no significa uniformidad. Dios nunca pretendió que todos los creyentes poseyeran el mismo temperamento, la misma personalidad o las mismas habilidades. La riqueza del Cuerpo de Cristo radica precisamente en esa diversidad reconciliada bajo un mismo Señor.

Cada servidor aporta una perspectiva particular que puede enriquecer el trabajo común, siempre que esa diversidad permanezca sometida al propósito general de la iglesia y a la visión que Dios ha confiado a sus autoridades. Cuando esto sucede, las diferencias dejan de convertirse en motivo de tensión para transformarse en una fuente de complementariedad.

Finalmente, el trabajo en equipo encuentra su expresión más elevada cuando todos los servidores comprenden que el verdadero protagonista de la obra nunca es un ministerio, un líder o un grupo de personas, sino Jesucristo. Él es la Cabeza del Cuerpo, el origen de toda vida y el centro hacia el cual convergen todos nuestros esfuerzos.

Cada área de servicio, por importante que parezca, ocupa solamente un lugar dentro de una obra infinitamente mayor que el Señor está edificando. Recordar esta verdad nos preserva tanto del orgullo como del desánimo. Si los frutos abundan, toda la gloria pertenece a Cristo. Si atravesamos momentos difíciles, seguimos confiando en que la Iglesia continúa siendo Suya y que Él mismo prometió edificarla.

Trabajar como un solo cuerpo significa, entonces, mucho más que coordinar actividades. Significa aprender a mirar la iglesia con los ojos de Cristo, valorar a cada hermano como parte indispensable de Su obra y poner nuestros dones al servicio de un propósito que nos trasciende.

Cuando una congregación alcanza esta comprensión, deja de ser un conjunto de ministerios independientes para convertirse en una verdadera familia espiritual donde cada miembro encuentra gozo en el crecimiento de los demás y todos avanzan juntos hacia la madurez que Dios desea para Su pueblo.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Nos identificamos más con el área

donde servimos o con la vida de toda la iglesia? ¿Nos alegramos sinceramente cuando otros ministerios prosperan y dan fruto? ¿Estamos dispuestos a depender de nuestros hermanos y a permitir que ellos también desarrollen sus dones? ¿Existe alguna actitud de competencia o autosuficiencia que el Señor necesita transformar en nuestro corazón?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante esta semana busquen una oportunidad para colaborar con otro ministerio de la iglesia, aunque no pertenezcan habitualmente a esa área. Háganlo con una actitud de aprendizaje y servicio, procurando conocer mejor el trabajo de sus hermanos y expresándoles gratitud por la labor que realizan. Esa experiencia les ayudará a comprender más profundamente que todos formamos parte de un mismo cuerpo.

Oración personal: *“Padre celestial, gracias porque no me has llamado a caminar solo, sino a formar parte del Cuerpo de Cristo. Perdóname cuando el orgullo, la comparación o el deseo de reconocimiento han debilitado mi capacidad para servir junto a mis hermanos. Enséñame a valorar los dones que Tú has repartido en la Iglesia, a alegrarme por el crecimiento de los demás y a poner mis capacidades al servicio del propósito común que has establecido para Tu pueblo. Que en todo cuanto haga busque siempre la edificación del Cuerpo y la gloria de Cristo, quien es nuestra única Cabeza” ¡Amén!*

Capítulo doce

LA COMUNICACIÓN QUE EDIFICA EL CUERPO

“Las palabras del servidor nunca son neutrales; siempre construyen o destruyen el ambiente donde el Reino desea manifestarse.”

Toda comunidad humana vive, crece o se deteriora a través de la manera en que sus integrantes se comunican. Una familia puede fortalecerse mediante palabras de amor, comprensión y verdad, o comenzar a fracturarse por medio de críticas constantes, silencios prolongados y expresiones hirientes. Lo mismo sucede en la iglesia.

Aunque solemos atribuir los conflictos a diferencias doctrinales o a desacuerdos en la forma de trabajar, muchas veces el verdadero origen de las tensiones se encuentra en una comunicación deficiente. Una frase dicha sin prudencia, una información transmitida de manera incompleta, un comentario fuera de lugar o una palabra pronunciada con dureza pueden producir heridas que permanecen durante años en el corazón de las personas.

No resulta extraño, entonces, que la Escritura conceda tanta importancia al uso de nuestras palabras. Dios, que creó todas las cosas mediante Su palabra, también decidió edificar a Su pueblo a través de ella. La predicación del evangelio, la enseñanza de la verdad, el consuelo, la exhortación, la oración y la alabanza son expresiones de un Reino que se comunica.

El servidor cristiano, por lo tanto, no solamente administra tareas; también administra palabras. Cada conversación, cada consejo, cada respuesta y cada comentario forman parte del testimonio que ofrece delante de sus hermanos.

Esta realidad debería llevarnos a examinar con mayor profundidad la manera en que hablamos. Con frecuencia pensamos que la comunicación consiste únicamente en transmitir información. Sin embargo, desde la perspectiva bíblica, comunicar implica mucho más que informar; significa impartir vida, fortalecer la fe y contribuir al crecimiento del prójimo.

El apóstol Pablo expresa esta verdad con admirable claridad cuando escribe a los efesios: ***“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”*** (Efesios 4:29). Obsérvese cuidadosamente el criterio que propone el apóstol. No pregunta solamente si una afirmación es verdadera. También pregunta si edifica, si

comunica gracia y si contribuye al bien espiritual de quien la escucha.

Este principio merece una profunda reflexión. Existen palabras que, siendo objetivamente ciertas, pueden pronunciarse con un espíritu completamente equivocado. Es posible decir la verdad movidos por el orgullo, por el deseo de exhibir superioridad o incluso por el anhelo secreto de humillar a otra persona.

La verdad nunca deja de ser importante, pero en el Reino de Dios debe ir siempre acompañada del amor. Pablo mismo exhorta a crecer ***“siguiendo la verdad en amor”*** (Efesios 4:15). Cuando una de estas dos dimensiones desaparece, la comunicación deja de reflejar el carácter de Cristo. El amor sin verdad termina convirtiéndose en una tolerancia que no transforma a nadie; la verdad sin amor suele producir heridas innecesarias y endurecer el corazón de quienes la reciben.

El servidor del Reino necesita aprender este delicado equilibrio porque gran parte de su ministerio consistirá precisamente en relacionarse con personas. Habrá momentos para animar al desalentado, para corregir al que se equivoca, para acompañar al que sufre y también para exhortar cuando sea necesario.

Ninguna de estas responsabilidades puede ejercerse correctamente si nuestras palabras no han sido previamente gobernadas por el Espíritu Santo. No basta con saber qué

decir; también es necesario discernir cuándo decirlo, cómo decirlo y con qué actitud hacerlo. La misma exhortación puede producir restauración o rechazo, dependiendo del espíritu con que sea comunicada.

Santiago dedica todo un pasaje de su carta a reflexionar sobre este tema y llega a una conclusión que debería mantenernos en permanente vigilancia. Afirma que la lengua es un miembro pequeño, pero capaz de dirigir el rumbo de toda una vida, así como un timón gobierna una embarcación o una chispa incendia un bosque entero.

Su propósito no consiste en sembrar temor, sino en recordarnos que las palabras poseen un enorme poder. Con ellas bendecimos a Dios y, lamentablemente, también podemos herir a quienes fueron creados a Su imagen. Esta contradicción resulta incompatible con el carácter que el Señor desea formar en Sus hijos.

Dentro de la iglesia local existe un aspecto particular de la comunicación que merece especial atención: la conversación informal. Muchas de las heridas más profundas no nacen durante una predicación ni en una reunión de liderazgo, sino en esos diálogos aparentemente inofensivos que tienen lugar antes o después de un culto, en un pasillo o durante una comida compartida.

Allí, donde las personas suelen relajarse, pueden aparecer la crítica, la murmuración o la difusión de información cuya veracidad nadie se ha tomado el trabajo de

confirmar. Lo preocupante es que estas prácticas suelen justificarse con expresiones piadosas. A veces se presentan como una preocupación por la iglesia, otras veces como un motivo de oración y, en ocasiones, simplemente como un comentario sin importancia. Sin embargo, detrás de muchas divisiones congregacionales encontramos precisamente el uso irresponsable de la palabra.

El servidor maduro comprende que la confianza constituye uno de los bienes más valiosos de una comunidad cristiana. Por esa razón aprende a dominar el impulso de repetir todo cuanto escucha. No siente la necesidad de participar en cada conversación ni de expresar su opinión sobre todos los asuntos. Ha descubierto que el silencio oportuno también puede ser una forma de sabiduría.

El libro de Proverbios enseña repetidas veces que el hombre prudente sabe refrenar sus labios, no porque carezca de ideas, sino porque entiende que no toda verdad debe ser pronunciada en cualquier momento ni delante de cualquier persona.

Por otra parte, una comunicación sana también exige aprender a escuchar. Vivimos rodeados de voces que compiten constantemente por ser oídas, y esa costumbre puede infiltrarse en nuestra manera de servir. Con frecuencia preparamos la respuesta antes de haber comprendido completamente lo que el otro intenta expresar. Interrumpimos, suponemos intenciones, completamos las frases ajenas o emitimos juicios apresurados.

Sin embargo, Santiago exhorta a todo creyente a ser ***“pronto para oír, tardo para hablar y tardo para airarse”*** (Santiago 1:19). Escuchar con atención constituye una expresión de respeto y, muchas veces, también de amor. Quien aprende a escuchar descubre necesidades que jamás habría percibido hablando continuamente.

Existe, además, una dimensión espiritual de la comunicación que no debemos pasar por alto. Jesús afirmó que ***“de la abundancia del corazón habla la boca”*** (Mateo 12:34). Esto significa que nuestras palabras funcionan como un espejo del mundo interior.

No basta con aprender técnicas para expresarnos mejor si el corazón continúa lleno de resentimiento, orgullo o amargura. Tarde o temprano aquello que habita en nuestro interior terminará manifestándose mediante nuestras conversaciones. La transformación verdadera comienza siempre en el corazón y luego se refleja naturalmente en la manera de hablar.

Por esta razón, el servidor del Reino no solamente pide al Señor sabiduría para comunicarse; también le pide un corazón limpio. Comprende que la lengua no puede producir frutos diferentes a la raíz que la alimenta. Cuando el Espíritu Santo gobierna el interior del creyente, las palabras comienzan a transmitir gracia, esperanza, consuelo y verdad. La comunicación deja entonces de ser un simple intercambio de ideas para convertirse en un instrumento mediante el cual Cristo mismo continúa edificando a Su Iglesia.

En una época marcada por la agresividad verbal, las discusiones interminables y la facilidad con que las personas se descalifican unas a otras, la Iglesia está llamada a ofrecer un testimonio diferente. Cada servidor puede contribuir a crear un ambiente donde la verdad sea dicha con amor, donde las diferencias se traten con respeto y donde las palabras sirvan para levantar al caído antes que para exhibir sus errores.

Cuando esa cultura comienza a desarrollarse, las relaciones se fortalecen, la confianza crece y la unidad deja de ser un simple ideal para convertirse en una experiencia cotidiana. Al fin y al cabo, las palabras que edifican siempre preparan un ambiente donde la vida de Cristo puede manifestarse con mayor libertad.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Nuestras palabras suelen fortalecer la fe y la esperanza de quienes nos rodean? ¿Escuchamos con atención antes de responder o hablamos impulsivamente? ¿Hemos participado alguna vez en conversaciones que, lejos de edificar, terminaron debilitando la confianza entre los hermanos? ¿Qué revela nuestra manera de hablar acerca del estado de nuestro propio corazón?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante esta semana propónganse que cada conversación que mantengan dentro de la iglesia deje a la otra persona más fortalecida de lo que estaba antes de hablar con ustedes. Antes de emitir una opinión, pregúntense si lo que van a decir es verdadero,

necesario y edificante. Si no cumple con esos criterios, quizá el silencio sea la mejor expresión de sabiduría.

Oración personal: *“Padre amado, coloca guarda a mi boca y dirige mis palabras conforme a Tu voluntad. Líbrame de la crítica destructiva, de la murmuración, de la ligereza al hablar y de toda expresión que pueda entristecer a mis hermanos. Llena mi corazón de Tu amor para que mis palabras comuniquen gracia, verdad y esperanza. Enséñame a escuchar con humildad, a responder con mansedumbre y a utilizar mi voz como un instrumento para edificar el Cuerpo de Cristo. Que cada conversación refleje el carácter de Jesús y contribuya a la unidad de Tu Iglesia. En Su nombre”
¡Amén!*

Capítulo trece

LOS CONFLICTOS PRESERVANDO LA UNIDAD

“La madurez de una iglesia no se demuestra por la ausencia de conflictos, sino por la manera en que los enfrenta bajo el señorío de Cristo.”

Uno de los ideales que con mayor facilidad alimentamos al comenzar a servir en una congregación consiste en imaginar que la vida de la iglesia transcurrirá siempre en un ambiente de perfecta armonía. Pensamos que, por tratarse del pueblo de Dios, las diferencias serán mínimas y que el amor cristiano impedirá la aparición de tensiones.

Sin embargo, basta recorrer las páginas del Nuevo Testamento para descubrir que la realidad nunca fue exactamente así. Las primeras comunidades cristianas experimentaron desafíos doctrinales, diferencias culturales, desacuerdos prácticos y situaciones que exigieron una profunda sabiduría pastoral.

Lejos de ocultar esas dificultades, las Escrituras las presentan con absoluta transparencia, enseñándonos que la

presencia de conflictos no constituye necesariamente una señal de decadencia espiritual. Lo verdaderamente decisivo es la forma en que esos conflictos son abordados.

Esta afirmación resulta especialmente importante para quienes sirven en la iglesia local. Cuando una persona acepta una responsabilidad dentro de un ministerio, inevitablemente comenzará a relacionarse con otros creyentes que poseen historias, temperamentos, sensibilidades y formas de pensar muy diferentes.

Allí donde varias personas trabajan juntas aparecerán distintos puntos de vista sobre la mejor manera de realizar una tarea, administrar un recurso o resolver una dificultad. Pretender que todos reaccionen siempre de la misma manera sería desconocer la riqueza y la complejidad del Cuerpo de Cristo.

El problema, por lo tanto, no reside en la existencia de diferencias. De hecho, muchas de ellas enriquecen la vida de la iglesia y permiten contemplar una misma realidad desde perspectivas complementarias. El verdadero peligro comienza cuando esas diferencias dejan de ser tratadas con humildad y pasan a ser alimentadas por el orgullo. En ese momento, aquello que podría haberse convertido en una oportunidad para crecer juntos termina transformándose en motivo de división.

Por esta razón, el servidor del Reino necesita comprender que la unidad de la Iglesia nunca fue concebida

como una uniformidad absoluta. Dios no pretende eliminar la diversidad de dones, de personalidades o de experiencias. Lo que el Espíritu Santo produce es algo mucho más profundo: una comunión que permanece aun cuando existen diferencias legítimas.

Pablo expresa esta realidad al exhortar a los creyentes a ***“solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*** (Efesios 4:3). Es significativo que el apóstol no diga que debemos crear la unidad, sino guardarla. La unidad ya existe porque todos participamos de una misma vida en Cristo; nuestra responsabilidad consiste en protegerla de todo aquello que pueda deteriorarla.

Cuando surge un conflicto, la primera batalla rara vez ocurre entre dos personas. Generalmente comienza dentro del corazón. Allí aparecen interpretaciones apresuradas, sospechas, heridas, deseos de justificar la propia posición y la tentación de atribuir al otro, intenciones que quizá nunca tuvo.

Si esas primeras reacciones no son llevadas rápidamente delante del Señor, terminarán condicionando toda la relación. Por eso Jesús insiste tanto en la necesidad de examinar primero nuestro propio corazón antes de concentrarnos en las faltas ajenas. El conflicto exterior suele alimentarse de batallas interiores que nunca fueron resueltas.

Uno de los errores más frecuentes consiste en permitir que el tiempo reemplace a la reconciliación. Muchas

personas confían en que el paso de los días terminará borrando el problema. Sin embargo, las heridas que no son tratadas rara vez desaparecen; simplemente aprenden a esconderse bajo una apariencia de normalidad.

Las personas continúan saludándose, participan de las mismas reuniones e incluso sirven juntas, pero la confianza ha comenzado a deteriorarse silenciosamente. Esa distancia interior termina afectando el ambiente espiritual del ministerio mucho antes de hacerse visible para los demás.

Consciente de esta realidad, el Señor Jesús estableció un camino extraordinariamente sabio para tratar las diferencias entre hermanos. En **Mateo 18** enseña que, cuando alguien peca contra nosotros, el primer paso consiste en hablar directamente con esa persona. Este principio merece ser recuperado con urgencia en muchas congregaciones.

Con demasiada frecuencia hacemos exactamente lo contrario: hablamos con terceros antes de conversar con quien realmente está involucrado. Buscamos apoyo, compartimos nuestra versión de los hechos y permitimos que otras personas participen de un conflicto que aún no hemos intentado resolver bíblicamente. Sin advertirlo, la dificultad inicial comienza a multiplicarse.

El camino propuesto por Jesús protege tanto la verdad como la comunión. Invita al diálogo directo, respetuoso y sincero. No se trata de una confrontación impulsiva, sino de una conversación cuyo propósito es ganar al hermano y

restaurar la relación. Obsérvese que el objetivo nunca consiste en demostrar quién tenía razón, sino en recuperar la comunión que el conflicto amenazó.

Esta diferencia resulta fundamental. Cuando nuestra prioridad pasa a ser defender el propio orgullo, incluso una victoria aparente termina convirtiéndose en una derrota espiritual. En cambio, cuando el amor por el hermano ocupa el primer lugar, la verdad puede expresarse de una manera que abra camino a la restauración.

También es necesario reconocer que no todos los conflictos poseen la misma naturaleza. Existen situaciones donde está en juego la verdad del evangelio y otras que responden simplemente a diferencias de criterio, preferencias personales o formas distintas de trabajar. Confundir ambas categorías produce enormes dificultades.

El apóstol Pablo fue inflexible cuando el evangelio mismo estaba siendo comprometido, pero mostró una admirable amplitud en cuestiones secundarias donde la Escritura permitía diferentes convicciones. El servidor maduro aprende a discernir esa diferencia. No convierte cada desacuerdo en una batalla doctrinal, ni relativiza aquellas verdades que constituyen el fundamento de la fe.

Otro aspecto que merece atención es la disposición para pedir perdón. El orgullo encuentra extremadamente difícil pronunciar esas dos palabras sencillas: “me equivoqué”. Sin embargo, pocas acciones poseen un poder

restaurador tan grande dentro de una comunidad cristiana. Pedir perdón no disminuye la autoridad de un servidor; al contrario, fortalece su credibilidad.

Las personas confían mucho más en quien reconoce honestamente sus errores que en quien intenta justificarlos permanentemente. Del mismo modo, aprender a perdonar constituye una evidencia de que hemos comprendido la gracia con la que Cristo nos trató a nosotros. La iglesia vive diariamente del perdón de Dios; por esa razón no puede negarse a extender ese mismo perdón a sus hermanos.

Naturalmente, esto no significa ignorar la justicia ni minimizar el pecado. Habrá ocasiones en las que determinadas conductas exigirán procesos de corrección, disciplina o acompañamiento pastoral. Pero aun en esos casos el propósito nunca deja de ser la restauración.

La disciplina bíblica no nace del deseo de castigar, sino del amor que procura recuperar al hermano y proteger la salud espiritual de toda la congregación. Cuando este principio gobierna el corazón de la iglesia, incluso las decisiones más difíciles pueden tomarse con un espíritu de mansedumbre y esperanza.

Al final de todo, cada conflicto coloca al servidor delante de una elección profundamente espiritual. Puede permitir que el orgullo gobierne sus reacciones o puede someter sus emociones al señorío de Cristo. Puede alimentar la distancia o buscar el encuentro. Puede defender

obstinadamente su propia posición o procurar sinceramente el bien del hermano. Ninguna de estas decisiones depende solamente del temperamento; todas expresan el grado de madurez que el Espíritu Santo ha formado en el corazón.

Quizá por eso las iglesias que más impactan al mundo no son aquellas donde jamás surgen diferencias, sino aquellas donde el evangelio demuestra su poder precisamente en la manera de resolverlas. Cuando creyentes que podrían haberse dividido deciden perdonarse, escucharse, corregirse con amor y seguir caminando juntos, la Iglesia ofrece uno de los testimonios más convincentes acerca de la obra transformadora de Cristo. Allí el mundo contempla que el Reino de Dios no es una teoría, sino una vida nueva capaz de reconciliar lo que humanamente parecía irreconciliable.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Cómo solemos reaccionar cuando surge un desacuerdo dentro del ministerio? ¿Buscamos hablar primero con la persona involucrada o recurrimos antes a terceros? ¿Nos resulta más difícil pedir perdón o concederlo? ¿Estamos distinguiendo correctamente entre diferencias de criterio y cuestiones esenciales de la fe?

Para poner en práctica les aconsejo: Si actualmente existe alguna tensión no resuelta con un hermano de la iglesia, oren primero por él durante varios días y luego procuren un encuentro personal con una actitud de humildad y reconciliación. Vayan dispuestos a escuchar tanto como a hablar, y recuerden que el propósito principal no es ganar una

discusión, sino preservar la comunión que Cristo compró con Su sangre.

Oración personal: *“Padre de misericordia, gracias porque cuando yo estaba lejos me reconciliaste contigo por medio de Jesucristo. Enséñame a reflejar esa misma gracia en mis relaciones con mis hermanos. Líbrame del orgullo, de la amargura y del deseo de tener siempre la razón. Dame un corazón dispuesto a escuchar, a pedir perdón cuando sea necesario y a perdonar como Tú me has perdonado. Que, aun en medio de las diferencias, pueda contribuir a preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, para que Tu Iglesia manifieste al mundo el poder reconciliador del evangelio. En el nombre de Jesús” ¡Amén!*

Capítulo catorce

LA CONFIDENCIALIDAD ADMINISTRANDO CONFIANZA

“La confianza es uno de los tesoros más valiosos que Dios pone en manos de un servidor; perderla puede llevar años, recuperarla puede llevar toda una vida.”

Una de las características más hermosas de la vida de la iglesia consiste en que las personas encuentran allí un lugar donde pueden abrir su corazón. Quien llega herido necesita hablar de sus luchas; quien atraviesa una crisis matrimonial busca orientación; quien carga con una culpa antigua anhela encontrar un oído dispuesto a escuchar sin condenarlo.

De la misma manera, quienes sirven en las diferentes áreas de la congregación suelen acceder, por la naturaleza misma de su responsabilidad, a situaciones que otros hermanos desconocen. Escuchan pedidos de oración, acompañan procesos personales, conocen dificultades familiares o participan de conversaciones donde se tratan decisiones importantes para la vida de la iglesia. Todo ello constituye una expresión de la confianza que Dios permite que otros depositen en ellos.

Sin embargo, precisamente porque la confianza es un regalo tan precioso, también puede convertirse en una de las áreas más delicadas del servicio cristiano. Una palabra dicha fuera de lugar, un comentario realizado con ligereza o una información compartida con quien no correspondía pueden destruir en pocos minutos una credibilidad que llevó años construir.

No se trata únicamente de un problema de discreción; se trata de una cuestión profundamente espiritual. El servidor que aprende a guardar la confianza de sus hermanos refleja el corazón del Buen Pastor, quien conoce perfectamente la condición de cada oveja y, sin embargo, jamás utiliza ese conocimiento para avergonzarla delante de los demás.

Vivimos en una sociedad donde la información parece haber adquirido un valor desmedido. Muchas personas sienten la necesidad de saberlo todo y, una vez que conocen algo, experimentan el impulso casi irresistible de compartirlo. Esa actitud también puede infiltrarse en la vida de la iglesia. A veces no nace de una mala intención, sino de una curiosidad desordenada o del deseo de participar en conversaciones que despiertan interés.

Sin embargo, el Reino de Dios nos enseña una cultura diferente. El creyente maduro no considera que toda información deba circular libremente. Comprende que existen palabras que pertenecen al ámbito privado de una persona, de una familia o de un proceso pastoral y que, precisamente por esa razón, deben permanecer allí.

El libro de Proverbios presenta este principio con notable claridad cuando afirma que *“el que anda en chismes descubre el secreto; mas el de espíritu fiel lo guarda todo”* (Proverbios 11:13). Es significativo que la Escritura relacione la capacidad de guardar una confidencia con la fidelidad. No se trata simplemente de una habilidad social, sino de una virtud del carácter.

La persona fiel entiende que aquello que otro le ha confiado no constituye una propiedad que pueda administrar según su conveniencia. Es un depósito que debe cuidar con el mismo celo con que protegería un bien material de gran valor. En cierto sentido, quien recibe la confianza de un hermano se convierte en administrador de algo que no le pertenece.

Esta enseñanza resulta especialmente importante para quienes ejercen responsabilidades dentro de la iglesia. El líder de un grupo pequeño, el servidor que acompaña a nuevos creyentes, el responsable de jóvenes o quien colabora en tareas pastorales tendrán oportunidades frecuentes para escuchar confesiones, inquietudes o luchas personales.

En esos momentos deben recordar que la confianza nunca otorga derecho a divulgar aquello que se ha recibido. Al contrario, aumenta la responsabilidad de proteger la dignidad de la persona que abrió su corazón. El hecho de conocer una situación difícil no convierte al servidor en propietario de esa historia.

Por supuesto, esta afirmación requiere un importante equilibrio. Guardar confidencialidad no significa encubrir el pecado ni impedir que una situación grave reciba la atención pastoral necesaria. Existen circunstancias en las que el amor por la persona exige buscar la ayuda de quienes poseen la responsabilidad y la preparación para intervenir.

Cuando una vida corre peligro, cuando existen abusos, conductas delictivas o situaciones que comprometen seriamente la integridad de alguien, el silencio deja de ser prudencia para transformarse en negligencia. La confidencialidad nunca puede utilizarse como excusa para abandonar a una persona en medio de un problema que requiere acompañamiento. En esos casos, el servidor debe actuar con transparencia, explicando a la persona por qué resulta necesario involucrar a las autoridades correspondientes y procurando hacerlo siempre con respeto y sensibilidad.

Fuera de esas situaciones excepcionales, el criterio general del Reino continúa siendo el cuidado de la confianza. Esto implica también aprender a distinguir entre aquello que necesitamos contar y aquello que simplemente deseamos comentar. Con frecuencia las conversaciones comienzan con frases aparentemente inocentes: “No se lo digas a nadie, pero...”, “Solo te lo cuento para que ores”, o “Esto queda entre nosotros”. Sin embargo, muchas veces esas expresiones sirven para justificar la difusión de información que nunca debió salir del ámbito donde fue compartida.

El servidor maduro aprende a detener ese proceso desde el comienzo. No alimenta la curiosidad ajena ni se convierte en transmisor de rumores. Ha comprendido que la unidad de la iglesia se fortalece mucho más por lo que decide callar que por todo lo que podría contar.

La confidencialidad también alcanza la vida interna de los equipos de servicio. En toda congregación existen reuniones donde se dialoga acerca de proyectos, dificultades, decisiones futuras o evaluaciones del ministerio. Es natural que no toda esa información sea comunicada inmediatamente a la iglesia, porque muchas cuestiones requieren maduración, oración o simplemente esperar el momento oportuno.

El servidor que participa de esos espacios necesita aprender a respetar los tiempos y los procesos. No porque exista un espíritu de secretismo, sino porque la sabiduría también consiste en saber cuándo una información está preparada para ser compartida y cuándo todavía debe permanecer en el ámbito donde fue tratada.

Otro aspecto que merece nuestra atención es la relación entre la confidencialidad y la confianza mutua dentro del equipo. Ningún ministerio puede desarrollarse saludablemente si sus integrantes viven con el temor de que cada conversación terminará siendo comentada fuera del grupo.

La seguridad relacional constituye uno de los pilares del trabajo conjunto. Cuando las personas saben que pueden

expresar sus inquietudes, reconocer sus errores o plantear sus dudas sin convertirse luego en objeto de comentarios, el ambiente cambia profundamente. La sinceridad reemplaza a la apariencia y la colaboración crece porque ya no es necesario proteger constantemente la propia imagen.

En última instancia, la capacidad de guardar una confidencia revela algo muy profundo acerca del corazón del servidor. Revela que ha aprendido a amar más a las personas que a la información.

El orgullo disfruta siendo el primero en saber algo; el amor encuentra satisfacción en proteger al hermano. El orgullo utiliza el conocimiento para ganar influencia; el amor lo utiliza para interceder, acompañar y servir. Esa diferencia quizá no siempre resulte visible para los demás, pero sí lo es delante del Señor, que conoce las motivaciones más íntimas del corazón.

Jesús mismo constituye el ejemplo supremo de esta actitud. Durante Su ministerio escuchó confesiones, contempló pecados ocultos y conoció la realidad interior de quienes se acercaban a Él. Sin embargo, jamás utilizó ese conocimiento para humillar a las personas. Aun cuando confrontó el pecado, lo hizo buscando restaurar al pecador y conducirlo nuevamente hacia el Padre. Esa manera de administrar la verdad constituye el modelo que todo servidor del Reino está llamado a imitar.

La iglesia necesita hombres y mujeres cuya presencia inspire confianza. Personas que sepan escuchar sin apresurarse a hablar, que acompañen sin invadir, que aconsejen sin controlar y que sean capaces de guardar con fidelidad aquello que otros, en un momento de profunda vulnerabilidad, decidieron colocar en sus manos.

Cuando esa cultura comienza a desarrollarse, la congregación se convierte en un lugar seguro donde las personas pueden crecer, sanar y madurar bajo el cuidado amoroso de Cristo y de Su pueblo.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Somos personas a quienes otros pueden confiar sus luchas con tranquilidad? ¿Hemos compartido alguna vez información que no teníamos derecho a divulgar? ¿Sabemos distinguir entre una confidencia que debemos guardar y una situación que requiere intervención pastoral? ¿Valoramos más la confianza de nuestros hermanos que el deseo de participar en conversaciones interesantes?

Para poner en práctica les aconsejo: Durante esta semana examinen sus conversaciones. Si alguien comparte con ustedes una situación personal, pregúntense antes de hablar con otra persona: ¿tenemos realmente el derecho y la necesidad de transmitir esta información? Si la respuesta es negativa, transformen esa información en un motivo de oración y no en un tema de conversación.

Oración personal: *“Padre amado, gracias porque en Cristo puedo acercarme a Ti con plena confianza y abrir delante de Ti todo mi corazón. Enséñame a reflejar ese mismo cuidado hacia mis hermanos. Dame un espíritu fiel para guardar la confianza que otros depositen en mí y sabiduría para discernir cuándo hablar y cuándo callar. Líbrame de la curiosidad, de la murmuración y del deseo de obtener importancia por medio de la información que conozco. Haz de mí un servidor seguro, prudente y lleno de amor, para que quienes me rodean encuentren un ambiente donde puedan crecer, ser restaurados y experimentar Tu gracia. En el nombre de Jesús” ¡Amén!*

Capítulo quince

CUIDANDO EL CORAZÓN SERVIDORES PASTOREADOS

“Nadie puede ofrecer continuamente vida a otros si deja de beber del único que es la fuente de la vida.”

Existe una paradoja que acompaña con frecuencia a quienes sirven fielmente dentro de la iglesia. Son personas que oran por otros, enseñan la Palabra, consuelan a los afligidos, organizan actividades, acompañan procesos espirituales y dedican buena parte de su tiempo al bienestar de la congregación.

Sin embargo, mientras procuran cuidar la vida de los demás, pueden comenzar a descuidar silenciosamente la suya. El servicio, que nació como una expresión de amor hacia Cristo, corre entonces el riesgo de transformarse en una sucesión de responsabilidades que consumen las fuerzas sin alimentar el alma.

Este fenómeno no es nuevo. Atraviesa toda la historia del pueblo de Dios y constituye una de las estrategias más sutiles con las que el enemigo procura debilitar a quienes

sirven. No suele comenzar con un pecado escandaloso ni con una abierta rebeldía contra el Señor. Comienza, casi siempre, con pequeños descuidos que parecen insignificantes.

La oración personal se vuelve más breve porque las obligaciones aumentan. La lectura de la Palabra deja de ser un encuentro para convertirse únicamente en material de enseñanza. Los tiempos de adoración se reducen porque hay reuniones que preparar y personas que atender. Poco a poco, sin que el servidor llegue a advertirlo, la comunión con Dios empieza a ser reemplazada por la actividad para Dios.

Aquí se encuentra uno de los mayores peligros del ministerio. Es posible hablar mucho acerca de Cristo y, al mismo tiempo, dejar de disfrutar la intimidad con Él. Es posible enseñar acerca de la gracia mientras el corazón comienza a endurecerse por el cansancio. Incluso es posible continuar realizando correctamente todas las tareas asignadas mientras la vida interior se va debilitando lentamente.

Puede que nadie perciba el proceso desde afuera, porque la estructura del ministerio continúa funcionando. Sin embargo, el Señor, que mira el corazón, sabe cuándo el servicio ha comenzado a perder el gozo que lo sostenía en sus comienzos.

Quizá por esa razón las palabras de Jesús en **Juan 15** conservan una vigencia tan extraordinaria para todo servidor del Reino. Al utilizar la figura de la vid y los pámpanos, el Señor no estaba describiendo únicamente la relación entre el

creyente y la salvación. Estaba revelando el principio permanente de toda vida espiritual. ***“Separados de mí nada podéis hacer”***. Resulta significativo que no diga: “Haréis menos”, ni “Tendréis mayores dificultades”. Afirmar sencillamente que, separados de Él, nada podemos hacer que produzca verdadero fruto para el Reino. Toda obra que permanezca necesita nacer de una comunión viva con Cristo.

Esta verdad corrige una de las tentaciones más frecuentes del servicio cristiano: medir nuestra salud espiritual por el volumen de actividades que realizamos. En ocasiones confundimos ocupación con fecundidad. Pensamos que, cuanto más llenas están nuestras agendas, mayor es nuestro compromiso con Dios.

Sin embargo, la Escritura nunca presenta el activismo como una evidencia de madurez. Al contrario, Jesús reprendió amorosamente a Marta porque estaba tan absorbida por las muchas tareas que dejó de disfrutar la presencia del Maestro. María, sentada a Sus pies, había escogido la mejor parte. Aquella escena no constituye una oposición entre el servicio y la contemplación, sino un recordatorio de que todo servicio pierde su sentido cuando deja de brotar de la comunión con Cristo.

El servidor necesita comprender, además, que él mismo continúa siendo una oveja del rebaño del Señor. El hecho de coordinar un ministerio, enseñar una clase o dirigir un equipo no elimina su necesidad de ser cuidado, exhortado,

consolado y acompañado. Ningún servidor madura hasta el punto de dejar de necesitar el pastoreo de la iglesia.

Por el contrario, cuanto mayores son las responsabilidades que recibe, más importante resulta que permanezca bajo el cuidado de quienes Dios ha colocado para velar por su vida espiritual. El aislamiento constituye un terreno peligroso. Cuando una persona comienza a pensar que ya no necesita consejo, corrección o acompañamiento, ha iniciado un camino que tarde o temprano terminará debilitando su servicio.

También es necesario reconocer que el agotamiento no siempre proviene de trabajar demasiado. En muchas ocasiones nace de trabajar con motivaciones equivocadas. El deseo permanente de agradar a todos, la incapacidad para establecer límites saludables, la necesidad de sentirse indispensable o la búsqueda de reconocimiento pueden llevar a un servidor a asumir responsabilidades que Dios nunca le pidió.

El resultado suele ser una carga difícil de sostener y una creciente frustración. Jesús jamás aceptó todas las demandas que las multitudes colocaban delante de Él. Sabía discernir la voluntad del Padre y permanecía fiel a ella, aun cuando eso implicara dejar expectativas humanas sin satisfacer. Servir no consiste en responder afirmativamente a toda solicitud; consiste en obedecer aquello que el Señor realmente nos ha encomendado.

Esto nos lleva a una enseñanza profundamente liberadora. El Reino de Dios no descansa sobre nuestros hombros. La Iglesia pertenece a Cristo, no a nosotros. Él la compró con Su sangre, la sostiene con Su poder y prometió edificarla hasta el fin de los tiempos. Nosotros participamos de esa obra como colaboradores, pero jamás como sustitutos del Señor.

Cuando olvidamos esta verdad, comenzamos a cargar pesos que nunca nos fueron asignados. La ansiedad aumenta, el descanso desaparece y el gozo del servicio se desvanece lentamente. En cambio, cuando recordamos que seguimos siendo simples administradores de una obra que pertenece a otro, aprendemos a trabajar con diligencia y, al mismo tiempo, a descansar en la fidelidad de Dios.

Existe además un aspecto que merece especial atención: el cuidado de la vida familiar y de las relaciones más cercanas. Ningún ministerio saludable puede edificarse sobre el abandono sistemático del hogar. Con frecuencia quienes sirven con mayor entrega experimentan la tentación de justificar cualquier ausencia apelando a la importancia de la obra.

Sin embargo, el mismo Señor que nos llamó a servir fue quien instituyó la familia y nos encomendó responsabilidades concretas dentro de ella. Descuidar a quienes Dios nos ha confiado en el ámbito más íntimo nunca puede convertirse en una expresión de fidelidad ministerial.

El servicio que agrada al Señor integra todas las dimensiones de la vida bajo Su señorío, en lugar de enfrentarlas entre sí.

Por otra parte, cuidar el corazón implica aprender a reconocer nuestras propias limitaciones. La humildad no consiste únicamente en pensar correctamente acerca de nosotros mismos; también implica aceptar que no somos omnipresentes, que no podemos resolver todos los problemas ni atender todas las necesidades.

Hay temporadas donde será necesario pedir ayuda, compartir responsabilidades o simplemente reconocer que nuestras fuerzas han llegado a su límite. Lejos de constituir una señal de debilidad espiritual, esa actitud revela una profunda confianza en que Dios continúa gobernando Su obra aun cuando nosotros descansamos.

Todo esto nos conduce nuevamente al centro del evangelio. El servidor no encuentra su identidad en la cantidad de tareas que realiza ni en el reconocimiento que recibe por ellas. Su identidad permanece en Cristo.

Antes de ser maestro, músico, líder de jóvenes, coordinador o colaborador, es hijo de Dios. Y el Padre jamás deja de amar a Sus hijos cuando descansan. Esta verdad protege el corazón del activismo y lo devuelve continuamente al lugar donde comenzó todo: la comunión con Aquel que lo llamó.

Quizá la mayor evidencia de un servidor espiritualmente sano no sea la intensidad con la que trabaja, sino la paz con la que permanece unido a Cristo mientras sirve. De esa comunión brotan la sabiduría, la perseverancia, la compasión y la alegría necesarias para sostener un ministerio durante muchos años.

El Señor no busca obreros consumidos por el esfuerzo, sino hombres y mujeres que, permaneciendo cerca de Él, permitan que Su propia vida fluya a través de ellos hacia los demás. Allí reside el secreto de un servicio que no solo comienza bien, sino que también persevera hasta el final.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Nuestro tiempo con el Señor sigue siendo el centro de nuestra vida espiritual o ha quedado desplazado por las actividades del ministerio? ¿Sabemos reconocer nuestros límites o vivimos intentando responder a todas las demandas? ¿Permanecemos bajo el cuidado espiritual de nuestras autoridades o nos hemos vuelto autosuficientes? ¿Nuestra familia percibe que el servicio al Señor fortalece nuestro carácter o siente que el ministerio nos ha alejado de ellos?

Para poner en práctica les aconsejo: Reserven esta semana un tiempo de comunión con el Señor sin preparar ninguna enseñanza, reunión o actividad. Lean la Palabra únicamente para alimentar sus propias vidas espirituales. Pídanle al Espíritu Santo que examine sus corazones y les

muestre si existen áreas donde el activismo ha comenzado a reemplazar la intimidad con Cristo.

Oración personal: *“Padre amado, gracias porque antes de llamarme a servir me llamaste a ser Tu hijo. Perdóname cuando las ocupaciones del ministerio han ocupado el lugar que solo a Ti te corresponde. Renueva en mí el gozo de Tu presencia y enséñame a permanecer unido a Cristo, la verdadera Vid, para que todo fruto que produzca nazca de la comunión contigo y no de mi esfuerzo. Ayúdame a reconocer mis límites, a cuidar mi familia, a aceptar el acompañamiento de mis autoridades y a descansar en la certeza de que Tu Iglesia te pertenece. Que jamás permita que el servicio sustituya mi relación contigo, sino que toda mi labor sea el resultado natural de caminar cada día a Tu lado. En el nombre de Jesús” ¡Amén!*

Capítulo dieciséis

LA PERSEVERANCIA SIRVIENDO CON FIDELIDAD

“El Reino no necesita servidores que comiencen con entusiasmo y abandonen en la primera dificultad; necesita hombres y mujeres que permanezcan fieles cuando el entusiasmo ya no alcanza y solamente queda la convicción de haber sido llamados por Dios”.

Toda obra comienza con ilusión. Cuando un creyente recibe la oportunidad de servir por primera vez, suele experimentar una mezcla de gratitud, expectativa y alegría. Todo resulta nuevo. Cada reunión representa una oportunidad para aprender, cada desafío parece un paso más hacia el crecimiento y aun los sacrificios son asumidos con entusiasmo.

Esa etapa constituye un hermoso regalo de Dios, porque el gozo inicial fortalece los primeros pasos del servicio. Sin embargo, la vida cristiana demuestra que el entusiasmo, por sí solo, nunca puede sostener un ministerio durante muchos años. Tarde o temprano llegan las dificultades, el cansancio, los desacuerdos, las críticas o

simplemente la rutina. Es allí donde el servicio deja de apoyarse en las emociones para descansar sobre un fundamento mucho más sólido: “la fidelidad”.

La Escritura presenta repetidas veces la perseverancia como una de las evidencias de la verdadera madurez espiritual. El apóstol Pablo, al acercarse el final de su vida, no celebra la cantidad de iglesias que había plantado ni los milagros que el Señor realizó a través de su ministerio.

Su satisfacción consiste en poder afirmar: ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”*** (2 Timoteo 4:7). Estas palabras revelan que la victoria del creyente no consiste únicamente en comenzar correctamente, sino en llegar al final permaneciendo fiel. La fidelidad, mucho más que el brillo de los comienzos, constituye el verdadero lenguaje de la madurez.

El servidor del Reino necesita comprender esta verdad desde el inicio de su formación. De lo contrario, interpretará cada dificultad como una señal de que algo anda mal. Pensará que el cansancio demuestra que se equivocó de lugar, que la crítica confirma que Dios ha retirado Su respaldo o que la ausencia de resultados inmediatos significa que su trabajo carece de valor.

Sin embargo, la historia bíblica muestra exactamente lo contrario. Los hombres y mujeres que Dios utilizó atravesaron largos períodos donde el fruto parecía escaso, la oposición era intensa y las circunstancias invitaban al

desánimo. Lo que los sostuvo no fue el éxito visible, sino la certeza de que el Señor permanecía con ellos.

Resulta significativo observar la vida del agricultor, una imagen utilizada frecuentemente por la Escritura. Después de sembrar, no espera cosechar al día siguiente. Comprende que la tierra necesita tiempo, que las estaciones forman parte del proceso y que muchas cosas ocurren debajo de la superficie mucho antes de hacerse visibles.

Del mismo modo, gran parte de la obra que Dios realiza mediante un servidor permanece oculta durante largos períodos. Una palabra sembrada en un niño, una conversación con un adolescente, una visita a una familia o una oración realizada en silencio pueden producir frutos que solo serán evidentes mucho tiempo después. El servidor impaciente corre el riesgo de abandonar precisamente cuando la semilla comienza a echar raíces.

También conviene recordar que la perseverancia nunca significa obstinación. Permanecer fiel no consiste en repetir mecánicamente las mismas actividades sin permitir que Dios continúe moldeando nuestra vida. Al contrario, quien persevera verdaderamente permanece sensible a la dirección del Espíritu Santo.

Conserva el mismo compromiso con Cristo, aunque el Señor pueda modificar algunas responsabilidades, abrir nuevas puertas o cerrar otras. La fidelidad siempre pertenece

al Señor; las funciones pueden cambiar con el paso de los años.

Uno de los mayores enemigos de la perseverancia es el desánimo. Pocas experiencias afectan tanto al servidor como la sensación de que su esfuerzo no produce resultados. Todos, en algún momento, hemos esperado ver cambios más rápidos, respuestas más visibles o un reconocimiento que nunca llegó. En esas circunstancias resulta fácil comenzar a preguntarse si realmente vale la pena seguir sirviendo. Sin embargo, el Reino de Dios nunca ha funcionado según los parámetros de la inmediatez.

Jesús dedicó tres años a formar un pequeño grupo de discípulos que, incluso al final de ese período, todavía manifestaban incomprensiones y debilidades. Si el Maestro aceptó caminar pacientemente junto a ellos, también nosotros debemos aprender a respetar los tiempos mediante los cuales Dios transforma la vida de las personas.

Otro aspecto que fortalece la perseverancia consiste en recordar continuamente por qué servimos. Cuando el reconocimiento humano ocupa el centro de nuestras motivaciones, cualquier crítica puede desestabilizarnos y cualquier falta de gratitud puede robarnos el gozo.

En cambio, cuando comprendemos que nuestro servicio está dirigido primeramente al Señor, la opinión de los hombres deja de convertirse en el factor determinante de nuestra estabilidad. Esto no significa despreciar el ánimo o el

agradecimiento de los hermanos; ambos son valiosos. Significa simplemente que nuestra permanencia no depende de ellos, sino de la fidelidad de Aquel que nos llamó.

La perseverancia también requiere aprender a atravesar las temporadas de aparente monotonía. No todas las etapas del ministerio estarán marcadas por grandes desafíos o experiencias extraordinarias. Habrá períodos donde la mayor parte del servicio consistirá en cumplir con sencillez responsabilidades que ya conocemos bien.

Precisamente allí se pone a prueba el carácter del servidor. Es relativamente fácil mantener el entusiasmo cuando todo resulta novedoso; la verdadera fidelidad se manifiesta cuando seguimos realizando con excelencia aquello que ya dejó de sorprendernos. Dios suele preparar grandes responsabilidades formando primero hombres y mujeres capaces de honrar las pequeñas.

Conviene señalar, además, que perseverar no significa hacerlo en soledad. El Señor nunca diseñó el servicio cristiano como una carrera individual. La comunión con la iglesia, el acompañamiento pastoral, la amistad sincera con otros servidores y el apoyo mutuo constituyen recursos mediante los cuales Dios fortalece a quienes atraviesan momentos difíciles.

El aislamiento, por el contrario, suele amplificar el cansancio y hacer que las dificultades parezcan mucho mayores de lo que realmente son. Quien aprende a caminar

junto a sus hermanos descubre que la carga se vuelve más liviana cuando es compartida.

Existe finalmente una motivación que supera todas las demás. La perseverancia cristiana no descansa únicamente sobre la disciplina personal, sino sobre la esperanza. Sabemos que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. Cada acto de obediencia, cada sacrificio realizado por amor a Cristo y cada servicio ofrecido con sinceridad forman parte de una obra eterna que un día será plenamente revelada.

Muchas de las semillas sembradas durante esta vida producirán frutos que quizá nunca lleguemos a contemplar en esta tierra. Sin embargo, el Señor las conoce todas y ninguna quedará olvidada delante de Él.

Por eso, el servidor del Reino no mide el éxito únicamente por aquello que puede ver. Camina por fe, confiando en que Dios continúa obrando aun cuando sus ojos todavía no perciben el resultado. Esa confianza le permite servir con alegría en los días de abundancia y también en las temporadas más difíciles. Su fortaleza no nace de las circunstancias, sino de la certeza de que Cristo permanece fiel y de que Su Reino avanza conforme a Sus tiempos perfectos.

Al final de la carrera, probablemente el Señor no preguntará cuántas actividades organizamos ni cuántos aplausos recibimos. Lo que buscará encontrar es aquello que Él mismo enseñó en la parábola de los talentos: un corazón

que permaneció fiel administrando lo que le fue confiado. Esa fidelidad silenciosa, constante y perseverante constituye una de las ofrendas más preciosas que un servidor puede presentar delante de Dios.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Nuestro servicio depende del entusiasmo del momento o de la convicción de haber sido llamados por Dios? ¿Cómo reaccionamos cuando los resultados no llegan tan rápido como esperamos? ¿Permanecemos fieles en las tareas sencillas o solo nos están motivando los desafíos más visibles? ¿Estamos cultivando relaciones que nos ayuden a perseverar en los momentos difíciles?

Para poner en práctica les aconsejo: Hagan memoria de los motivos por los cuales comenzaron a servir al Señor. Escribanlos nuevamente y preséntenlos en oración. Pidan al Espíritu Santo que renueve el primer amor y fortalezca toda decisión de permanecer fiel, no por las circunstancias, sino por gratitud hacia Aquel que los llamó.

Oración personal: *“Señor Jesús, gracias porque Tú permaneciste fiel hasta el final y me dejaste el ejemplo perfecto de obediencia. Cuando el cansancio, la rutina o el desánimo quieran debilitar mi servicio, recuérdame que mi trabajo nunca es en vano cuando es hecho para Ti. Renueva mis fuerzas, fortalece mi fe y ayúdame a perseverar con humildad, paciencia y esperanza. Que jamás busque servir solo mientras sea fácil, sino que aprenda a permanecer firme*

porque Tú permaneces conmigo. Haz de mi vida un testimonio de fidelidad para Tu gloria y para la edificación de Tu Iglesia” ¡Amén!

Capítulo diecisiete

LA GENEROSIDAD QUE INSPIRA Y CONTAGIA

“La verdadera generosidad no se mide por el tamaño de una ofrenda, sino por la profundidad de un corazón que entendió que todo lo que posee proviene de Dios.”

Cuando Dios llama a una persona para servir dentro de Su Reino, no solamente le entrega una responsabilidad, sino también el privilegio de representar Su carácter delante de otros. Un líder nunca deja de enseñar. Lo hace cuando predica, cuando aconseja, cuando ora por alguien, pero también cuando administra su tiempo, cuando enfrenta las dificultades, cuando habla de otras personas y también cuando maneja sus recursos.

Las personas observan mucho más de lo que escuchan. Con frecuencia imitan aquello que ven repetidamente. Por esa razón, el liderazgo nunca puede reducirse a una función. Es, por encima de todo, una influencia.

Jesús no solamente enseñó el camino; caminó delante de sus discípulos. Pablo comprendía perfectamente este

principio cuando escribió: ***“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1)***. Aquella declaración no era un acto de orgullo, sino la expresión de alguien que entendía que el liderazgo verdadero siempre se vive delante de los demás. Ese mismo principio alcanza también el área financiera.

Aunque muchas veces se evita hablar sobre dinero por temor a ser malinterpretados, la Biblia dedica una enorme cantidad de enseñanzas a este tema. No porque Dios necesite nuestro dinero, sino porque las finanzas revelan el estado del corazón. Jesús mismo declaró: ***“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21)***.

No dijo que el corazón sigue a las palabras, sino al tesoro. Allí donde una persona decide invertir, allí también se encuentra una parte importante de sus afectos, de sus prioridades y de sus intereses. Por eso un líder que ama sinceramente la obra de Dios naturalmente desarrolla un espíritu generoso hacia ella.

No se trata de una obligación administrativa ni de una cuota para conservar un cargo. Se trata de una consecuencia del amor. Cuando alguien ama profundamente su hogar, invierte en él. Cuando ama a sus hijos, invierte en ellos. Cuando ama un proyecto, procura sostenerlo.

De la misma manera, quien ama la casa de Dios encuentra alegría al participar en aquello que permite que el Reino continúe avanzando.

Resulta interesante observar que en la iglesia primitiva nadie debía perseguir a los creyentes para que colaboraran económicamente, mucho menos a un líder. La gracia había producido en ellos una transformación tan profunda que la generosidad brotaba espontáneamente. Lucas relata: ***“No había entre ellos ningún necesitado... porque todos los que poseían heredades o casas las vendían... y se repartía a cada uno según su necesidad”*** (Hechos 4:34 y 35).

Esto no era una imposición, era una cultura. Habían entendido que todo pertenecía al Señor. Cuando esa revelación desaparece, aparece el egoísmo. Cuando la gracia gobierna el corazón, florece la generosidad, y los líderes están llamados a ser los primeros en vivir esa cultura.

La congregación observa cuidadosamente las prioridades de quienes la conducen. Si un líder participa con entusiasmo cuando se presenta un proyecto para extender el Reino, transmite confianza. Si responde con alegría cuando surge una necesidad, comunica fe. Si sostiene la visión del pastor también con sus recursos, está diciendo silenciosamente: “Creo en aquello que estamos construyendo”.

En cambio, cuando un líder permanece indiferente, la gente también aprende a permanecer indiferente. Muchas veces los pastores pueden notar claramente la diferencia entre los grupos dirigidos por líderes generosos y aquellos guiados por líderes que nunca participan económicamente. No es

casualidad. Las personas reproducen los modelos que admiran.

Un líder puede predicar acerca de la generosidad durante años, pero si jamás participa personalmente, su mensaje pierde fuerza. El ejemplo siempre habla más fuerte que el discurso.

Es importante aclarar que Dios nunca mide las ofrendas por su monto. Jesús observó a los ricos colocando grandes cantidades en el arca del templo, pero luego destacó a una viuda que solamente había entregado dos pequeñas monedas. ***“Esta viuda pobre echó más que todos” (Marcos 12:43)***. Cuando enseño sobre la generosidad de un líder, no estoy cuestionando montos, sino actitudes. ¿Por qué? Porque Dios nunca compara cantidades, sino que observa corazones.

La fidelidad financiera jamás debe transformarse en una competencia entre hermanos. Tampoco puede convertirse en una presión para quienes atraviesan momentos difíciles. Cada persona posee una realidad económica distinta, y el Señor conoce perfectamente las posibilidades de cada uno.

Por eso este capítulo no pretende enseñar que todos deben dar lo mismo. En absoluto. La Escritura enseña que cada uno participe ***“como propuso en su corazón; no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7)***. La clave no está en cuánto se entrega, sino

en que el corazón nunca permanezca al margen de la visión que Dios está desarrollando.

Todo líder debería preguntarse sinceramente: ¿Estoy respaldando con mis recursos aquello que afirmo apoyar con mis palabras? ¿Estoy participando de la visión o solamente disfrutando de sus beneficios? ¿Estoy ayudando a construir aquello que deseo que continúe creciendo? Estas preguntas no buscan producir culpa, sino honestidad.

Los líderes administran diferentes áreas del Reino, pero finalmente todos administran algo que pertenece a Dios. La vida, el tiempo, los talentos, la influencia y por supuesto, también los bienes materiales. Cuando comprendemos que somos administradores y no propietarios, desaparece el temor a dar y compartir.

Quien se considera dueño siempre siente que pierde cuando entrega. Quien se reconoce administrador entiende que simplemente está colocando los recursos del Rey donde el Rey desea que estén.

La generosidad también protege el corazón. El dinero posee una extraña capacidad para intentar ocupar el lugar que solamente Dios debe tener. Poco a poco comienza a ofrecer seguridad, identidad o independencia. Por eso Jesús afirmó: ***“No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24)***. No dijo que era imposible tener recursos. Lo que resulta imposible es servir a dos señores.

La generosidad rompe continuamente el poder que las riquezas intentan ejercer sobre el corazón. Cada acto voluntario de dar recuerda que Dios continúa siendo el verdadero dueño de todo. Además, una iglesia donde los líderes sostienen la visión produce un ambiente de unidad extraordinario.

Los nuevos creyentes descubren rápidamente que nadie pide aquello que primero no practica. Los servidores comprenden que los sacrificios son compartidos. La confianza aumenta, la credibilidad crece, la visión avanza, y el Reino encuentra hombres y mujeres que no solamente sirven con sus manos, sino también con todo aquello que Dios puso bajo su administración.

Un líder no debe dar porque alguien lo controla, debe dar porque entiende que servir también implica sembrar, porque ama la obra, porque cree en la visión, porque desea que otros puedan conocer el mismo evangelio que transformó su propia vida.

Al final, la generosidad nunca empobrece al creyente, sino que lo enriquece espiritualmente. Porque cada acto de desprendimiento moldea un corazón cada vez más parecido al de Cristo, quien siendo rico, por amor a nosotros se hizo pobre para enriquecernos con Su gracia (**2 Corintios 8:9**).

El Reino siempre avanzó sobre los hombros de hombres y mujeres que entendieron que servir también

significaba sostener la obra con alegría. Que esa misma cultura continúe creciendo entre nosotros.

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Nuestra manera de administrar los recursos refleja realmente nuestro amor por la obra de Dios? Si las personas bajo nuestro liderazgo imitaran exactamente nuestro ejemplo de generosidad, ¿la iglesia sería más generosa o menos generosa? ¿Estamos sosteniendo con nuestros recursos la visión que afirmamos apoyar con nuestras palabras? ¿Nuestra actitud hacia las ofrendas nace de la alegría o de la obligación? ¿Hay áreas donde todavía consideramos nuestros bienes como algo exclusivamente personal y no como recursos administrados para Dios?

Cómo desafío para practicar la fe, les aconsejo: Esta semana oren para que Dios examine sus corazones respecto del uso que le dan a sus recursos. Participen con alegría en el próximo proyecto que la iglesia presente, conforme a sus posibilidades. Busquen una oportunidad para bendecir de manera práctica a alguien que tenga una necesidad. Conversen en familia sobre la importancia de vivir una cultura de generosidad. Decidan que el ejemplo financiero fortalezca la fe de quienes están bajo su liderazgo.

Oración personal: *“Padre, gracias porque todo lo que tengo proviene de Ti. Enséñame a administrar con fidelidad cada recurso que has puesto en mis manos. Líbrame de la avaricia, del temor y de la indiferencia, y forma en mí un corazón semejante al de Cristo, dispuesto a dar con alegría*

para que Tu Reino continúe avanzando. Permite que mi ejemplo inspire a otros a confiar plenamente en Ti y que mi manera de administrar las finanzas sea un reflejo de mi amor por Tu obra. Quiero servirte no solamente con mis palabras y mis capacidades, sino también con todo aquello que me has confiado. En el nombre de Jesús” ¡Amén!

Capítulo dieciocho

LA RECOMPENSA DEL SERVIDOR APROBADO

“Quien sirve esperando el aplauso de los hombres terminará decepcionado; quien sirve buscando agradar a Cristo nunca habrá trabajado en vano.”

Todo ser humano experimenta, en algún momento de su vida, el deseo de que su esfuerzo sea reconocido. Desde la infancia aprendemos a alegrarnos cuando alguien valora aquello que hacemos. Una palabra de gratitud, un gesto de aprecio o una expresión de afecto fortalecen el ánimo y nos impulsan a continuar.

Esta necesidad no es, en sí misma, pecaminosa. Dios mismo diseñó al ser humano para vivir dentro de relaciones donde el amor, la honra y el reconocimiento ocupan un lugar saludable. La dificultad aparece cuando el corazón comienza a depender de esa aprobación para sostener su identidad o su compromiso con el servicio.

Quien sirve dentro de la iglesia descubrirá muy pronto que no todas las labores reciben la misma visibilidad. Existen

ministerios cuya tarea se desarrolla delante de toda la congregación y otros que permanecen casi completamente ocultos.

Mientras algunos predicán, otros limpian el templo antes de que lleguen los hermanos. Mientras unos dirigen la alabanza, otros preparan las aulas donde serán enseñados los niños. Algunos aparecen delante de todos; otros regresan silenciosamente a sus hogares sin que casi nadie advierta el trabajo que realizaron. Sin embargo, delante del Señor, el valor de una obra nunca depende del lugar donde fue realizada, sino del amor y de la fidelidad con que fue ofrecida.

Jesús enseñó este principio de manera extraordinaria cuando habló acerca de las prácticas religiosas realizadas para ser vistos por los hombres. Al referirse a la limosna, la oración y el ayuno, advirtió repetidas veces que quienes buscan el reconocimiento humano *“ya tienen su recompensa”*. Estas palabras encierran una profunda enseñanza.

El Señor no estaba condenando la posibilidad de que otros vieran nuestras buenas obras; de hecho, también enseñó que la luz debía alumbrar delante de los hombres para que glorificaran al Padre. Lo que cuestionaba era la intención del corazón. Cuando el reconocimiento se convierte en el objetivo del servicio, el propio reconocimiento termina siendo toda la recompensa que recibiremos.

El servidor del Reino necesita vigilar cuidadosamente esta área porque el deseo de aprobación suele manifestarse de maneras muy sutiles. No siempre aparece como una búsqueda abierta de protagonismo. A veces se expresa mediante la frustración cuando nadie agradece el esfuerzo realizado. Otras veces se manifiesta cuando nos sentimos incómodos porque otro recibió el reconocimiento que esperábamos.

Incluso puede aparecer disfrazado de aparente humildad, esperando secretamente que alguien contradiga nuestras palabras y nos elogie. El corazón humano posee una extraordinaria capacidad para esconder sus verdaderas motivaciones, por lo que resulta indispensable permitir que la luz del Espíritu Santo las examine continuamente.

Esto no significa que la honra entre los hermanos carezca de importancia. La misma Escritura nos exhorta a estimularnos al amor y a las buenas obras, a honrar a quienes trabajan fielmente y a expresar gratitud por el servicio de nuestros hermanos.

Una iglesia saludable debería cultivar una cultura donde el agradecimiento sea una práctica habitual y donde nadie considere innecesario reconocer el esfuerzo ajeno. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre recibir con gratitud el reconocimiento y depender de él para continuar sirviendo. Lo primero fortalece la comunión; lo segundo esclaviza el corazón.

Quizá una de las mayores demostraciones de madurez espiritual consiste en conservar el mismo entusiasmo cuando nadie observa nuestro trabajo. El servidor que ha aprendido a vivir delante del rostro de Dios desarrolla una libertad que resulta difícil de explicar. Puede alegrarse cuando otros son reconocidos, porque comprende que el Reino no gira alrededor de su persona.

Puede trabajar con excelencia aun cuando nadie lo felicite, porque sabe que el Señor contempla cada detalle. Incluso puede aceptar con serenidad que algunas de sus mejores contribuciones permanezcan completamente desconocidas para los hombres, porque entiende que ninguna de ellas escapa a la mirada del Padre.

Esta perspectiva transforma profundamente la manera en que entendemos el éxito ministerial. El mundo suele medir el éxito por la influencia alcanzada, la cantidad de seguidores o la notoriedad pública. El Reino de Dios utiliza un criterio completamente diferente. Jesús no dijo que el mayor sería quien ocupara las posiciones más visibles, sino quien se hiciera servidor de todos.

En el Reino, la grandeza no se mide por el lugar que una persona ocupa, sino por el amor con que sirve desde ese lugar. Esta enseñanza libera al creyente de la constante necesidad de compararse con otros. Ya no necesita demostrar que su ministerio es más importante ni sentirse amenazado por el crecimiento ajeno. Cada uno puede desarrollar con alegría la tarea que el Señor le encomendó, sabiendo que el

mismo Dios que distribuyó los dones también conoce perfectamente el valor de cada servicio.

Existe, además, una recompensa que comienza a experimentarse ya en esta vida. Quien sirve buscando agradar al Señor descubre un gozo que las circunstancias no pueden arrebatarse. Ese gozo no depende de los aplausos ni de la cantidad de personas que expresen gratitud. Brota de la certeza de estar caminando en obediencia y de participar en aquello que Dios mismo está realizando. Muchas veces el servidor termina una jornada cansado físicamente, pero profundamente fortalecido en su espíritu porque sabe que ha invertido su tiempo en aquello que posee verdadero valor eterno.

Sin embargo, la Escritura también dirige nuestra mirada hacia una recompensa futura. Jesús habló repetidas veces de un día en que cada uno recibirá conforme a sus obras. Pablo afirma que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, no para determinar nuestra salvación, que ya fue asegurada por Su gracia, sino para que nuestra obra sea evaluada.

Esta perspectiva llena de esperanza al servidor fiel. Muchas labores que pasaron inadvertidas para los hombres serán plenamente conocidas por el Señor. Ninguna oración realizada en secreto, ningún acto de servicio ofrecido con amor, ninguna renuncia hecha por causa del Reino quedará olvidada delante de Aquel que ve en lo secreto.

Quizá una de las escenas más conmovedoras de toda la Escritura sea la parábola de los talentos. Allí el Señor no felicita a Sus siervos por haber alcanzado exactamente los mismos resultados. Uno recibió cinco talentos y produjo cinco más; otro recibió dos y ganó otros dos. Las cantidades eran diferentes, pero la respuesta del Señor fue exactamente la misma para ambos: “***Bien, buen siervo y fiel...***”

Esto revela que Dios no evalúa nuestras vidas comparándolas con las de otros. Nos evalúa según la fidelidad con que administramos aquello que Él mismo decidió colocar en nuestras manos. Esa verdad destruye toda comparación y llena el corazón de paz. El Señor nunca nos pedirá cuentas por el talento que entregó a otro, sino por el uso que dimos al que recibimos nosotros.

Al final de la vida, probablemente descubriremos que muchas de las personas más influyentes del Reino jamás ocuparon un púlpito conocido ni escribieron un libro ni dirigieron grandes ministerios. Fueron creyentes sencillos que sirvieron durante décadas con amor, humildad y constancia. Personas cuyo nombre apenas fue conocido en la tierra, pero cuya fidelidad quedó grabada para siempre delante de Dios. Esa es la verdadera grandeza del Reino.

Por eso el servidor cristiano aprende a levantar cada mañana una oración sencilla: “Señor, que hoy pueda agradarte a Ti”. Cuando esa petición gobierna el corazón, los elogios dejan de producir orgullo y las críticas dejan de destruir la identidad. El centro ya no está en la opinión

cambiante de los hombres, sino en la aprobación constante de Aquel que nos llamó por gracia y nos permitirá un día escuchar las palabras que constituyen la mayor recompensa imaginable: ***“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor”*** (Mateo 25:21).

Para reflexionar deberíamos hacernos algunas preguntas como estas: ¿Qué sentimos cuando nuestro servicio pasa inadvertido? ¿Podemos alegrarnos con sinceridad cuando otro hermano recibe el reconocimiento que nosotros esperábamos? ¿Nuestra mayor motivación es agradar a Cristo o ser valorados por las personas? Si nadie alabara nuestro trabajo, ¿continuaríamos sirviendo con el mismo amor y la misma excelencia?

Para poner en práctica la fe, les aconsejo lo siguiente: Durante esta semana realicen deliberadamente algún acto de servicio que nadie conozca. Háganlo únicamente para el Señor. Resistan la tentación de comentarlo después y permitan que ese momento fortalezca la convicción de vivir delante de la mirada del Padre, que siempre ve en lo secreto.

Oración personal: *“Padre amado, gracias porque Tú conoces cada acto de servicio, aun aquellos que nadie más ve. Perdóname cuando he permitido que la aprobación de las personas ocupe un lugar que solo a Ti te corresponde. Enséñame a servir con un corazón libre, agradecido y humilde, buscando únicamente Tu agrado. Que los elogios nunca alimenten mi orgullo y que la falta de reconocimiento*

jamás debilite mi fidelidad. Haz que cada tarea, grande o pequeña, sea una ofrenda presentada delante de Ti con amor. Y cuando llegue el día de estar en Tu presencia, permite que mi mayor alegría no sea aquello que hice, sino haber permanecido fiel al llamamiento que recibí de Tu mano. En el nombre de Jesús” ¡Amén!

Capítulo diecinueve

REPRESENTANDO A CRISTO EN LA IGLESIA LOCAL

“El mejor servidor no es el que ocupa el lugar más alto, sino el que mejor refleja el corazón del Maestro”.

Al llegar al final de este manual, quizá resulte natural detenerse por un momento y mirar hacia atrás. Hemos recorrido juntos distintos aspectos del servicio cristiano. Hemos reflexionado acerca del llamado, de la identidad del servidor, de la autoridad espiritual, de la sujeción, de la humildad, del trabajo en equipo, de la comunicación, de los conflictos, de la responsabilidad, de la perseverancia y del cuidado del corazón.

Cada uno de estos temas ha procurado aportar una herramienta para el desarrollo de quienes desean servir dentro de la iglesia local. Sin embargo, sería un grave error pensar que el propósito de este recorrido consiste simplemente en adquirir nuevos conocimientos. El Reino de Dios nunca se edifica únicamente mediante información. Se edifica cuando la verdad transforma el corazón y comienza a manifestarse en la vida cotidiana.

Por esa razón, este último capítulo no pretende añadir una nueva enseñanza. Más bien quiere recordar el sentido de todas las anteriores. Todo cuanto hemos aprendido encuentra su razón de ser en una única realidad: representar correctamente a Jesucristo delante de Su pueblo.

El servidor no trabaja para construir una reputación personal, para alcanzar una posición dentro de la congregación ni para satisfacer una necesidad de protagonismo. Ha sido llamado a reflejar el carácter de Aquel que lo rescató por gracia y lo incorporó a Su Cuerpo.

Quizá no exista una escena más elocuente que aquella registrada por el evangelista Juan durante la última cena. Jesús sabía que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos. Sabía de dónde había venido y hacia dónde regresaba. Ninguna duda existía acerca de Su autoridad. Sin embargo, precisamente en ese momento de plena conciencia acerca de Su identidad, se levantó de la mesa, tomó una toalla, ciñó Su cintura y comenzó a lavar los pies de Sus discípulos.

Aquella tarea pertenecía al siervo más humilde de la casa. Ninguno de los discípulos había querido ocupar ese lugar. El Señor, en cambio, no consideró que Su dignidad fuera disminuida por el servicio. Al contrario, reveló que la verdadera grandeza del Reino se expresa precisamente en esa disposición de inclinarse para levantar a los demás.

Resulta profundamente significativo que este episodio ocurriera pocas horas antes de la cruz. Jesús sabía

perfectamente que estaba a punto de ofrecer el mayor acto de servicio que la humanidad conocería jamás. Sin embargo, antes de entregar Su vida, quiso dejar una imagen imposible de olvidar.

No explicó el servicio mediante una conferencia; lo mostró con Sus propias manos. Después de terminar, dirigió a Sus discípulos unas palabras que continúan resonando en cada generación de la Iglesia: ***“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”*** (Juan 13:15).

Estas palabras constituyen la verdadera comisión de todo servidor cristiano. No hemos sido llamados simplemente a repetir doctrinas correctas ni a desarrollar estructuras eficientes. Hemos sido llamados a continuar mostrando el carácter de Cristo allí donde Él nos permita servir.

Cada conversación, cada decisión, cada reunión, cada acto de generosidad, cada gesto de paciencia y cada expresión de amor representan una oportunidad para que otros contemplen algo del corazón del Maestro.

Quizá por eso el servicio nunca termina siendo una cuestión de capacidades naturales. Ciertamente Dios utiliza nuestros dones, talentos y experiencias, pero ninguno de ellos constituye el fundamento del ministerio. Lo que verdaderamente transforma la vida de las personas es la

presencia de Cristo manifestándose a través de hombres y mujeres que permanecen unidos a Él.

Una iglesia puede poseer excelentes programas y una impecable organización, pero si pierde el espíritu de servicio que caracterizó a Jesús, habrá perdido aquello que la distingue del resto de las instituciones humanas.

A lo largo de este manual he insistido repetidas veces en una verdad que merece ser recordada una vez más. “El servidor nunca deja de ser discípulo”. Mientras sirva continuará aprendiendo. Mientras enseñe seguirá necesitando ser enseñado. Mientras acompañe a otros también requerirá ser acompañado. Esta conciencia preserva el corazón de la soberbia y mantiene viva la dependencia del Señor. El día en que un servidor considere que ya no necesita crecer, habrá comenzado a alejarse del espíritu que Cristo desea formar en él.

También conviene recordar que el servicio cristiano siempre posee una dimensión profundamente comunitaria. Ninguno de nosotros representa a Cristo de manera aislada. Lo hacemos como parte de Su Cuerpo. Cada área de la iglesia, por pequeña que parezca, contribuye a mostrar algo del carácter del Señor.

El equipo de recepción manifiesta Su hospitalidad. Quienes enseñan a los niños expresan Su paciencia. Los músicos reflejan la adoración que merece el Padre. Quienes limpian los salones preparan un lugar digno para que otros se

reúnan. Los responsables de multimedia facilitan que el mensaje llegue con claridad. Los líderes de células acompañan el crecimiento espiritual de las personas. Ningún servicio es insignificante cuando Cristo ocupa el centro.

Habrán días donde el cansancio visite el corazón. Habrán momentos donde algunos esfuerzos parecerán pasar inadvertidos. También existirán temporadas de abundante fruto y otras donde la cosecha demorará más de lo esperado. En todas ellas será necesario volver una y otra vez al mismo lugar: los pies del Maestro.

Allí recordaremos que nunca fuimos llamados a sostener Su Iglesia con nuestras fuerzas, sino a participar humildemente de la obra que Él mismo continúa realizando. Esa certeza nos permitirá servir con libertad, descansar cuando sea necesario y perseverar con esperanza.

Tal vez algunos de quienes lean estas páginas desempeñen durante muchos años responsabilidades discretas que jamás serán conocidas fuera de su congregación. Otros quizá formen generaciones enteras de discípulos sin escribir nunca un libro ni ocupar un escenario importante.

Algunos servirán durante décadas preparando un salón antes de cada reunión. Otros visitarán enfermos, enseñarán niños, acompañarán matrimonios o recibirán con una sonrisa a quienes llegan por primera vez. Desde la perspectiva del Reino, ninguno de esos servicios resulta pequeño. El Señor

no mide nuestra vida por la notoriedad alcanzada, sino por la fidelidad con que reflejamos Su amor en el lugar donde Él decidió sembrarnos.

Por eso quisiera terminar este manual recordándoles algo que nunca deberían olvidar. Antes de pedirles que sirvieran, Cristo les sirvió a ustedes. Antes de llamarlos a amar, Él los amó primero. Antes de confiarles personas para cuidar, entregó Su propia vida para rescatar la de ustedes. Todo servicio cristiano nace siempre de esa realidad.

No servimos para ganar el favor de Dios; servimos porque ya hemos sido alcanzados por Su gracia. No trabajamos para obtener un lugar en Su Reino; trabajamos porque, por medio de Cristo, ya hemos sido hechos ciudadanos de ese Reino eterno.

Ahora, entonces, llega el momento de cerrar estas páginas... y comenzar la verdadera tarea. No guarden este manual como quien conserva un libro más en su biblioteca. Permitan que estas verdades acompañen sus vidas cada vez que abran la puerta del salón de reunión, preparen una clase, organicen una reunión, limpien un aula, visiten a un hermano o simplemente extiendan una mano al que necesita ser levantado. Allí, en esos pequeños actos cotidianos que pocas veces ocupan los titulares, el Reino de Dios continúa avanzando silenciosamente.

Y cuando un día la obra de esta vida haya terminado y se encuentren delante del Señor, descubrirán que el mayor

privilegio nunca fue el cargo que ocuparon, ni el ministerio que desarrollaron. El mayor privilegio habrá sido este: haber representado, aunque imperfecta y limitadamente, el corazón de Jesucristo entre Sus hermanos.

Para reflexionar deberíamos terminar preguntándonos: ¿qué área de nuestra vida necesita seguir siendo transformada por Cristo? ¿Estamos dispuestos a servir donde el Señor quiera colocarnos, aunque ese lugar no sea visible para los demás? ¿Las personas que nos acompañan pueden ver en nosotros el carácter de Jesús? Si hoy comenzáramos nuevamente nuestro servicio, ¿qué haríamos diferente a la luz de todo lo aprendido?

Para poner en práctica les aconsejo: No esperen una nueva responsabilidad para comenzar a aplicar estas enseñanzas. En el próximo servicio, por sencillo que parezca, procuren hacerlo conscientemente como un acto de adoración al Señor. Antes de comenzar, oren brevemente y díganle: “Señor Jesús, permite que quienes nos vean hoy puedan descubrir algo de Tu carácter en nuestra manera de servir”. Luego realicen cada tarea con la misma dedicación que tendrían si el propio Señor estuviera delante de ustedes, porque, en realidad, “Él siempre está”.

Oración personal: *“Señor Jesucristo, gracias porque Tú no solo me llamaste a servir, sino que me mostraste con Tu propia vida cómo hacerlo. Gracias porque, siendo el Señor de todo, tomaste una toalla, lavaste los pies de Tus discípulos y finalmente entregaste Tu vida por amor. Hoy*

quiero poner nuevamente mi corazón delante de Ti. Librame del orgullo, del deseo de reconocimiento y de toda motivación que no nazca de Tu gracia. Haz de mí un servidor humilde, fiel, perseverante y lleno de amor. Que nunca olvide que antes de representar una función represento Tu nombre, y que antes de dirigir una tarea debo permanecer a Tus pies. Permite que cada palabra, cada decisión y cada acto de servicio reflejen el carácter de Cristo para la edificación de Tu Iglesia. Y cuando mi carrera haya terminado, que mi mayor alegría sea escuchar de Tus labios aquellas palabras que anhela todo corazón redimido: ¡Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor! A Ti sea toda la gloria, por los siglos de los siglos” ¡Amén!

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://mí.página.personal) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

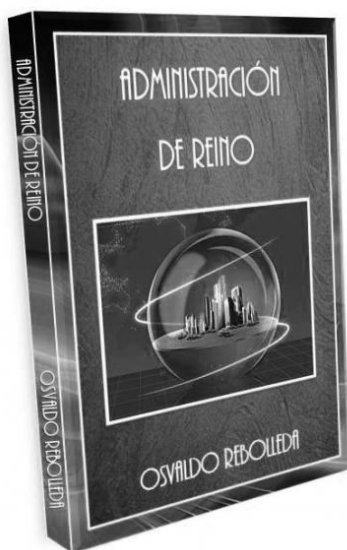
Doctorado Honoris Causa en Divinidades de

La Universidad teológica de Estados Unidos.

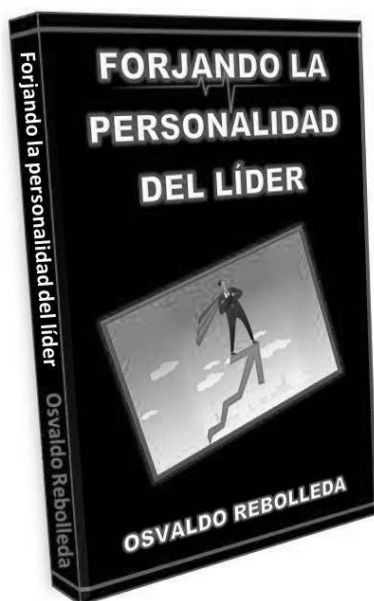
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

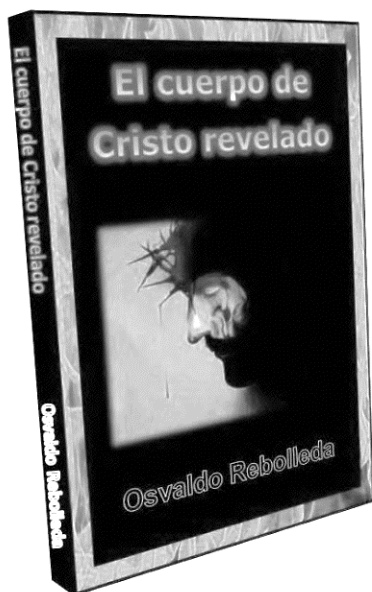
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

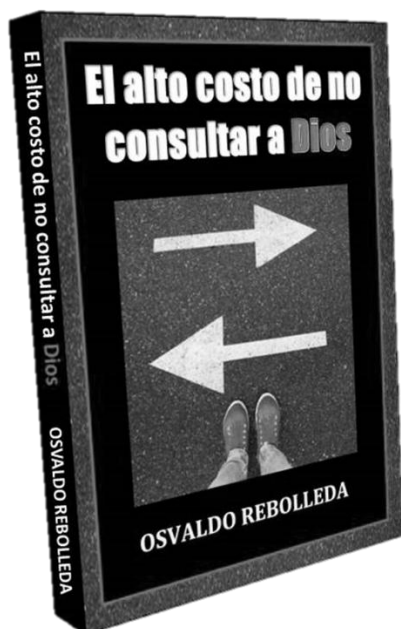


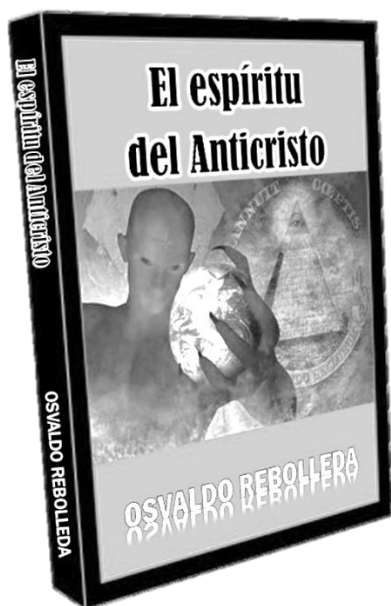
www.osvaldorebolleda.com



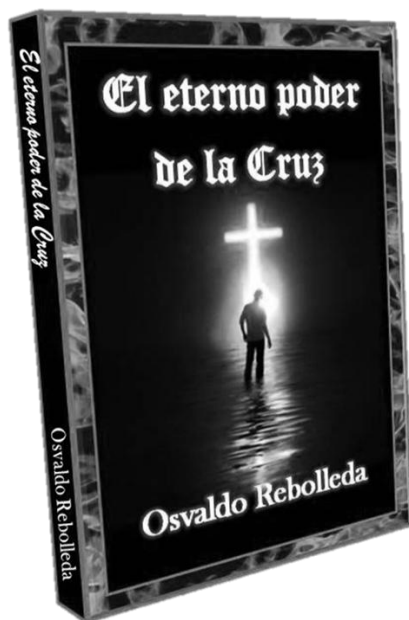
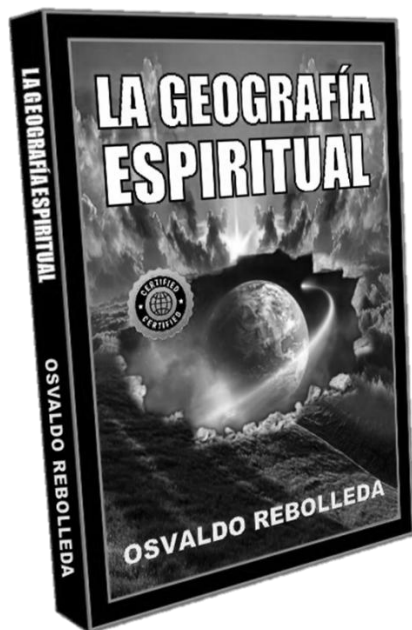


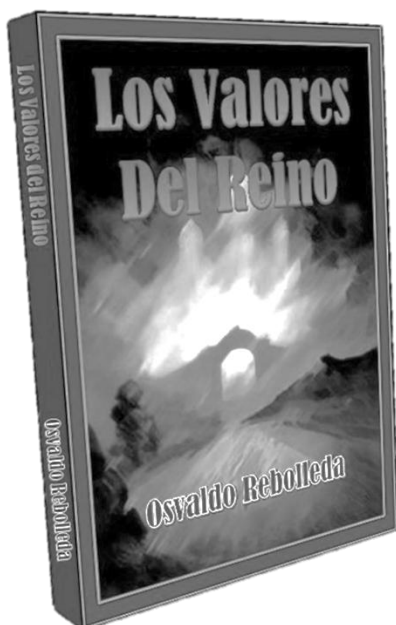
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

